



La Madre de Chateaubrian.

Felices los hombres que han tenido una madre virtuosa, inteligente y tierna. ¡Cuán grata debe serles la práctica del bien! Cuando veáis un hombre honrado, huérfano de madre, saludadle con respeto y admiración, porque ese hombre es dos veces bueno. Fácil es amar la verdad y la justicia, si nuestra madre nos la ha hecho amar; fácil es amar el deber si nuestra madre nos lo ha poetizado. El corazón de la madre y el corazón del hijo se parecen al cielo y al mar, como el cielo y el mar se miran con arrobamiento, truecan sus cristales, retratan sus imágenes, las funden en una sola y se devuelven mirada por mirada, sonrisa por sonrisa, destello por destello, reflejo por reflejo.

Las impresiones recibidas en la infancia por conducto de la madre se graban en nuestra alma con buril de fuego. A excepción de esos monstruos de la naturaleza dotados de perverso instinto, todo hombre es lo que su madre quiere que sea. Por eso las madres no deben amantar á sus hijos en el error, pues nunca alcanzarían éstos la verdad. La influencia de la madre es un hecho inconcuso, que nadie se atreve á negar.

Un ilustre médico francés, Mr. Testelin, afirma ser una verdad, fisiológicamente reconocida, que la constitución física de la madre influye más sobre el hijo que la del padre. Mr. Frariere lleva más lejos este aserto, añadiendo que la influencia maternal empieza á obrar sobre el hijo, moral, física é intelectualmente, desde el período de la gestación. Por tal motivo, mientras la madre lleva en su seno al anhelado ser que vive de su vida, debe proporcionarse dulces y gratas impresiones; debe formar su criterio con sana lógica y su corazón con puros y nobles sentimientos; debe alimentar su fantasía con suaves imágenes, despertar en su conciencia la idea de lo justo, que es lo bueno; nutrir su alma con todo lo grande y levantado. Los griegos, que siempre han profesado la religión de lo bello, introducían en las habitaciones de las mujeres que se hallaban grávidas, los mejores cuadros y las mejores estatuas. ¡Hermoso, profundo y filosófico pensamiento, que debía producir excelentes resultados!

La influencia maternal deja huellas indelebles sobre nuestro carácter y sobre nuestras costumbres; esto hace indispensable el empeño con que deben esforzarse las madres en corregir sus defectos para que no pasen á sus hijos; por eso deben todas caminar resueltamente con segura planta por la senda de la virtud, guiándoles. Si á todas las madres no está reservada la dicha de crear hombres eminentes, todas tienen el deber de formar hombres honrados. ¡Desgraciados los seres que han tenido que educarse la conciencia por sí mismos! Observadles: la conciencia de éstos está sujeta á mil diversas fluctuaciones. La conciencia formada por nosotros mismos suele tener un carácter vacilante y débil: la conciencia formada por nuestra madre es fija, vigorosa é inflexible. La voz de una madre virtuosa deja un eco profundo en nuestro corazón: no es fácil extrañarse conservando ese santo eco.

Nadie puede reemplazar á la madre en la importante misión de educadora de sus hijos. Las institutrices tienden á desarrollar los talentos brillantes que excitan la vanidad, los talentos que producen aplauso en los salones; las madres son más prácticas y procuran hacer adquirir á sus hijos talentos útiles que sirvan para la vida privada. En la

vida interior, en la vida del hogar, es donde más se necesitan esos pequeños talentos que no proporcionan gloria, pero que valen más que ésta, porque nos dan la felicidad.

La institutriz, por buena que sea, opondrá, sin advertirlo, su influencia á la de la madre, y la niña vacilará entre esas dos influencias.



Traje, último modelo, para paseo campestre.

La madre que busca una institutriz á su hija, queda desautorizada ante ella, porque le demuestra que no es apta para educarla.

¡Ilústrense las mujeres con objeto de que puedan educar directamente á sus hijos, sin influencias extrañas! ¡Madres! no fiéis á manos mercenarias la educación moral de

vuestros hijos, porque os arrebatrán su corazón.

Respetamos á la institutriz y la consideramos un miembro útil á la sociedad; pero en nuestro concepto, la institutriz debe existir únicamente para las jóvenes que no tienen madre; para éstas sí, pues no nos cansaremos de recomendar se confie la



Tres trajes de diario, para niños.

educación de la mujer á la mujer.

Nadie puede formar el corazón del niño cual una madre inteligente y tierna; la madre desarrolla las facultades del alma de su hijo para que la materia no ahogue al espíritu; la madre sabe establecer un perfecto equilibrio entre su vida física y su vida moral. La madre hace germinar en nuestro espíritu la semilla del amor á lo bello y del amor á la verdad: cultivando estos dos sentimientos podemos salvarnos.

Os preguntamos con Aimé Martin: "¿Dudaréis, madres, de vuestra misión al ver las gratas armonías por las que están los niños unidos á vosotras? La naturaleza acercándolos á vuestros labios, los acerca á vuestro seno, los despierta á vuestras caricias, quiere que os lo deban todo; de suerte que después de haber recibido de vosotras la vida y

el pensamiento, esos ángeles de la tierra esperan vuestras inspiraciones para creer y amar.

¡Creer y amar! ¡Dichosos los que creen y aman! Creer y amar es vivir, porque creer y amar es respirar la vida del sentimiento, es darse cuenta de su ser, es tener el corazón arrullado dulcemente y abrigada el alma contra los hielos de la duda. Creer y amar es ser bueno. Sólo la madre puede hacernos creer y amar, porque el amor y la fe no se enseñan, se inspiran. En el corazón de la madre arde siempre la inextinguible llama de la fe, brota constantemente el inagotable manantial del amor. Paulina Susana de Bedée, madre de Chateaubriand, es ejemplo de tal verdad. La madre de Chateaubriand, que era piadosa é ilustrada, alimentó el corazón de éste con las verdades de la Religión cristiana. Cual Santa Mónica á su

hijo Agustín, trataba de acercarle á Dios por todos los caminos, diciéndole: "Nada hay distante de Él." Chateaubriand fué devoto en toda su infancia, mas en la juventud, al hallarse separado de su madre, sufrió grandes combates su fe religiosa: los malos libros y los malos amigos le habían pervertido; pero las máximas de su buena madre, aprendidas en la niñez, que sólo se habían eclipsado en su memoria temporalmente, volvieron á aparecer más tarde con refulgentes caracteres.

De una lágrima de la madre de Chateaubriand brotó "El Genio del Cristianismo," ese gran libro, uno de los mejores monumentos á nuestra religión. Dios se sirvió de la madre de Chateaubriand para volver á éste á sus deberes. Escuchad á él mismo y os convenceréis de la verdad de nuestro aserto; dice así: "El

recuerdo de mis extravíos envenenaba los últimos días de la vida de mi madre; ella encargó al morir á una de mis hermanas tratase de despertar mis sentimientos hacia la religión en la cual yo había sido educado. Mi hermana me envió una carta dictada por mi madre, y tanto me conmovió que me convertí. Confieso que al reformar mis ideas no he cedido á grandes luces sobrenaturales; mi convicción ha salido del corazón: moré y creí."

El "Ensayo histórico sobre las revoluciones" había causado gran pesadumbre á su madre, por ser una obra llena de escepticismo, de desaliento é impiedad. "El Genio del Cristianismo" fué la refutación de esa obra, fué un homenaje tributado á la memoria de la que le dió el ser. Esta desde el Cielo debió sentir un estremecimiento de alegría.

"El Genio del Cristianismo" es lo que más ha cimentado la gloria del autor de "Atala, René" y de las "Aventuras del último avencerraje." "El Genio del Cristianismo" produjo en Francia una revolución moral y literaria: él demolió el edificio construido por los sabios enciclopedistas, sostenido hacia más de medio siglo por la influencia de Voltaire.

"El Genio del Cristianismo" predicaba unas doctrinas tan consoladoras, respondía tanto á las necesidades de almas combatidas y fatigadas, que todos se dejaron atraer por su suavidad y dulzura. Esta obra imperó á pesar de los ataques de los revolucionarios, porque ofrecía nuevos horizontes llenos de encanto y poesía, descripciones maravillosas de la naturaleza hechas en grandilocuente estilo, porque encerraba delicadas sensaciones del alma, nobles impulsos del corazón, generosas aspiraciones del espíritu. "El Genio del Cristianismo" convence más que los libros de nuestros mejores teólogos, porque la obra de Chateaubriand fascina la imaginación después de haber halagado el corazón. Ni el mismo San Bernardo en sus tres tratados sobre la virginidad ha sabido encontrar imágenes más poéticas que las que emplea Chateaubriand para cantar las excelencias de ella. Chateaubriand



Abrigos para niños de 4 á 5 años.



Sombrero "Sud Africa"



Dos trajes de interior y uno de calle estilo sastre.

busca la belleza en la castidad; y como se inspira siempre en la naturaleza, se enamora del aroma del nardo, del murmullo del arroyo, de los colores del iris, y del rayo de luna; porque son castos el rayo de luna, el color, el sonido y el aroma.

Al leer á Chateaubriand, pronto se comprende que ha sido educado en el templo de la naturaleza, bajo la dirección de un sacerdote femenino. Hay en el genio de Chateaubriand la ternura, la delicadeza, la castidad, los pudores del genio de la mujer. Hay en el alma de Cha-

teaubriand algo de la mística exaltación femenina que el racionalismo no pudo destruir, ni aun en la época en que parecía imperar sobre aquel alma. No consideremos una paradoja este pensamiento suyo; "Yo era cristiano, y muy cristiano, cuando me empeñaba en no serlo." La madre de Chateaubriand fué piadosa cual una santa; y como Chateaubriand amaba mucho á su madre, sentía siempre su benéfica influencia.

La piedad de la madre de Chateaubriand nos queda revelada en esta frase de su hijo: "Toda la fama y vano esplendor que ha adquirido después mi nombre, no hubiera dado á Mad. de Chateaubriand un solo instante de orgullo semejante al que tuvo como cristiana y como madre cuando me vió recibir la primera comunión."

Las memorias autobiográficas de Chateaubriand están esmaltadas constantemente con el recuerdo del retrato que de ella nos hace:

"Mi madre estaba dotada de un gran talento y de una imaginación prodigiosa: se formó con la lectura de Fenelón, de Racine y de Mad. de Sevigné; sabía de memoria el *Cyros*. Mi madre no era bella, pero poseía gran elegancia de modales. La viveza de su genio contrastaba con la rigidez y la calma de mi padre. Aficionada al bullicio del mundo tanto como lo era mi padre á la soledad, y vivaracha é impetuosa tanto como frío é inmóvil éste, todos sus gustos eran diametralmente opuestos

á los de su marido. Tal contrariedad de genios convirtió su alegría y atolondramiento en una profunda tristeza. Precisada á guardar silencio cuando tenía deseos de hablar, se desquitaba de tal privación entregándose á una especie de melancolía estrepitosa, que le hacía exhalar hondos suspiros, los cuales eran los únicos que interrumpían la tristeza muda de mi padre."

Tres mujeres ejercieron gran influencia en la vida de Chateaubriand: su madre, su hermana Lucila y su encantadora amiga Madame de Recamier.

Chateaubriand debe á su madre la fe que le inspiró su obra maestra; á Mad. de Recamier, la resignación con que soportó los últimos años de su existencia, tan llenos de amargura; á Lucila, la revelación de sus facultades literarias. Paseando una tarde con Lucila admirando los encantos de la naturaleza, Chateaubriand le habló de ellos con vehemente entusiasmo, y al oírle exclamó Lucila:

"Tú debes pintar estas bellezas que tan bien sabes sentir."

Lucila descubrió que Chateaubriand era poeta: la revelación de su genio hecha por su hermana le inspiró gran confianza en sus fuerzas, porque él respetaba mucho el talento de Lucila. Desde aquella tarde empezó á confiar al público sus pensamientos.

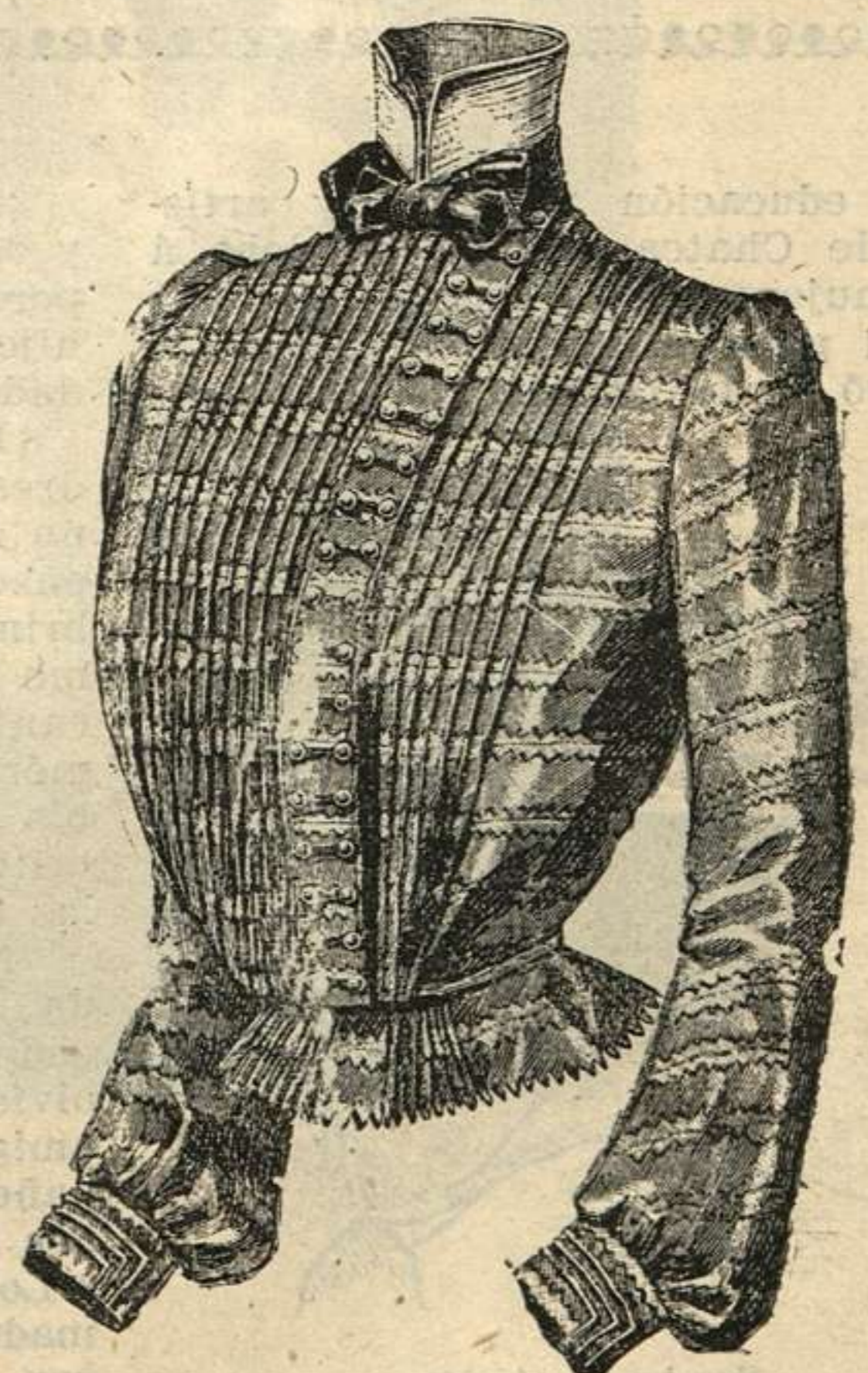
Lucila era literata, pero no dió ninguno de sus escritos á la prensa: después de su muerte se encontra-

ron algunos fragmentos autógrafos juzgados por su hermano del siguiente modo:

"La elegancia, la igualdad, el desaliento y la sensibilidad apasionada de las páginas de Lucila, ofrecen una mezcla del genio griego y del genio germánico.



Cubre-talle de muselina plissé.



Modelo de talle estilo inglés.



Trajes para señoras jóvenes.

La educación religiosa y artística de Chateaubriand se debe á las mujeres: su hermana le formó el gusto literario, su madre le inspiró la fe cristiana.



Sombrero tirolés.

¡Hombres, respetad á la mujer y educadla en el amor á la verdad, porque ella transmitirá á vuestros hijos la educación que le hayáis dado!

¡Educad á las mujeres para madres! La influencia de la madre no se borra nunca, lo que ella nos enseña no se olvida jamás. Chateaubriand recitaba con más entusiasmo que los versos de Homero unos cantares tiernos, pero sin ningún mérito literario, sólo porque los había aprendido en su hogar. Este escritor daba mucha importancia á las mujeres.

“No hay nada—dice—que pueda reemplazar el agrado, la delicadeza y el afecto de una mujer; olvidadle á uno sus hermanos y sus amigos y le desconocen sus compañeros; pero no sucede lo mismo con su madre ó con su hermana.”

Los pesares que experimentó la madre de Chateaubriand, decidieron á éste á escribir “El Genio del

cristianismo:” el dolor ocasionado por la muerte de su hermana Lucila le hizo pensar en la aplicación de las teorías literarias de aquella obra y concibió el plan de “Los Mártires,” magnífica epopeya en prosa.

Lo repetimos mil veces, es indiscutible la influencia de la mujer. De una lágrima de la madre de Chateaubriand, brotó el “Genio del Cristianismo:” del último suspiro de Lucila, “Los Mártires de la Religión Cristiana.”

La lágrima de una mujer devota puede crear el brillante panegírico de una religión; la burlona sonrisa de una mujer escéptica puede destruirlo.

!SÓLO!

La nube se extiende y baja; la tempestad se aproxima, y la soñolienta cima con las nieblas se amortaja.

Sopla el aire humedecido por la lluvia que empieza; se acumula la tristeza, dentro del alma: su nido.

Y el maizal lánguido oscila, y se disuelve en el viento el melancólico acento del milpero que vigila.

¡Todo en paz...! ¡todo cansado...! ¡Ay,, qué amargura tan honda! ¡Por qué gemirá la onda, y por qué gemirá el prado...?

¡Quién perturba el sueño incierto de esta tarde soberana?... ¡Del Hospital la campana que llora, tocando á muerto!

Y amarillento y sombrío, el sol se apaga entre tanto. Y en las alcobas, ¡qué llanto! y en las llanuras ¡qué frío!

Está la sombra en acecho; hay duendes malos que hieren.... ¡Los miserables se mueren sin llorar!... ¡Dios! ¡qué te han (hecho)?...

Y llueve... llueve!... Las gotas caen con triste chasquido, y ruedan la flor y el nido entre las frondas ignotas.

Con un buril invisible, en la pizarra del cielo, traza el rayo con anhelo alguna frase ilegible.

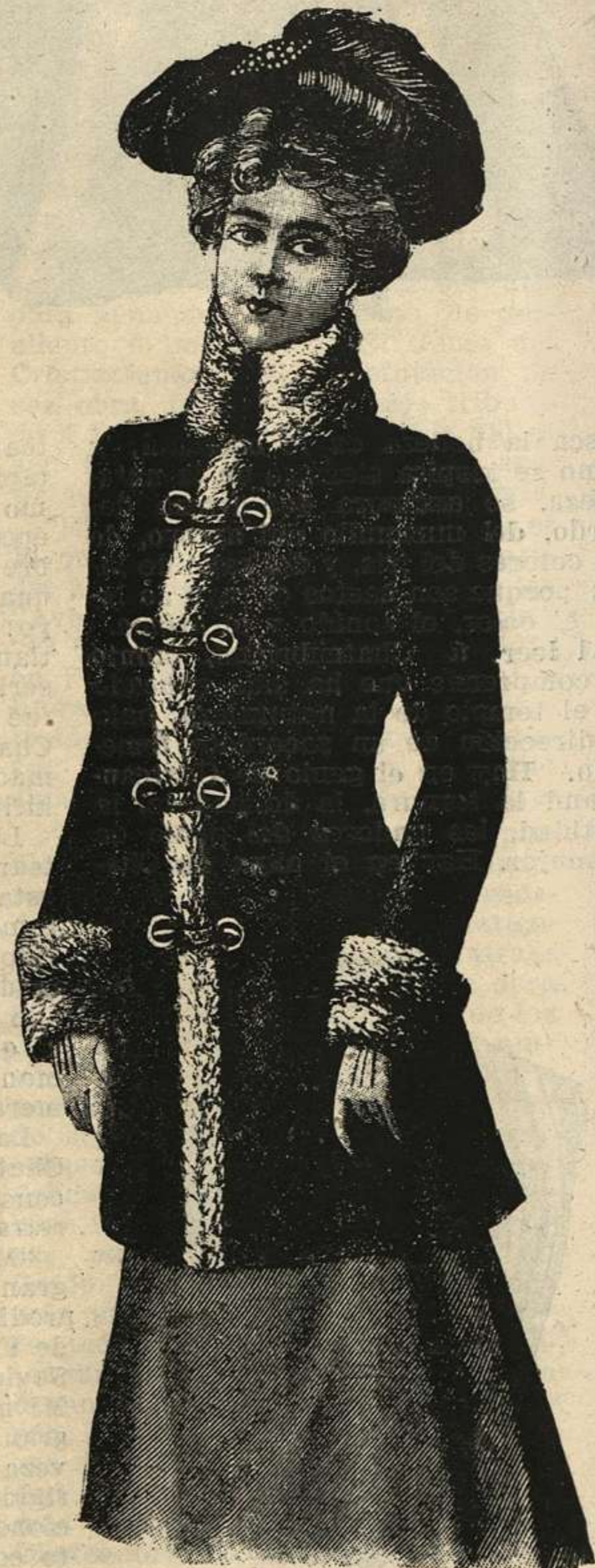
Y el terror llega pausado, y la angustia lo acompaña... ¡Allá, tras de la montaña, quién sabe qué habrán pactado!

Calma, corazón desierto.... tu tempestad silenciosa...

¡Ay! aún sigue la llorosa campana, tocando á muerto!

¡No hay piedad!... ven y descansa junto á mí, melancolía... ¡en el cielo murió el día! ¡En la tierra, mi esperanza!

JOSE M. BUSTILLOS



Abrigo con astracán y pasamanerías.

EL MUNDO ILUSTRADO

AÑO IX.--TOMO I.--NÚM. 13.

MÉXICO, MARZO 30 DE 1902.

Subscripción mensual foránea, \$ 1.50
Idem. Idem. en la capital, „ 1.25

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

Gerente: LUIS REYES SPINDOLA.



S. S. LEON XIII.

(De un último retrato tomado el día de su Jubileo.)

NOTAS CATALANAS.

EL MONTSERRAT.

Manuel Flores, á quien alguna vez he servido de pretexto para filosofar, ha dicho que soy un fraile (lo que no significa asceta). La verdad es que mi corazón es un monasterio; mejor dicho, mi espíritu entero lo es, lo reconozco: mi inteligencia, la ruina de un santuario, mi sentimiento, la capilla, el relicario que ha quedado en pie, allí está sepultada mi madre; mi voluntad un torrente obscuro, lento, que corre y se pierde bajo todo esto.

Yo reharía mi viaje á Europa de santuario en santuario, de cartuja en cartuja, porque siento hondamente que todo eso forma bien el cauce que mejor conviene á mi temperamento, á mis anhelos, á mis tristezas; intelectualmente soy un nuevo, voy á la fábrica, al taller, al laboratorio, al teatro, al ferrocarril serpeando entre el hielo eterno y el eterno mar; sentimentalmente soy un viejo, un viejísimo, soy mi tatarabuelo, todo lo pasado despierta ecos y vibraciones misteriosas en mí, y en esa muerte me siento vivir. Sí, iría como romero á Santiago, á Lourdes, á Loretto, á Asís, al monte Casino, al monte Athos, al monte Carmelo, y tornaría con profunda emoción á perderme en la sombra de las catedrales góticas, porque entrando en esa sombra siente uno que entra en sí mismo, en su sombra, en su misterio interior; pero con tal de salir al sol, para beber la luz á grandes tragos, de esos que llegan á las entrañas, á la sangre, arrimado á las columnas divinamente vetustas del Pantheon en Roma, del templo de Neptuno en Pestuno, del Parthenon...

Y volvería al Montserrat. Era un gran anhelo mío cuando fui á Barcelona; era un recuerdo de mi infancia. Había visto al Montserrat á través de unos versos del duque de Rivas, cuando empezaba á leer versos apenas; aquello se llamaba "la azucena misteriosa" y estaba dedicado á Zorrilla, y veo aún el libro, las ilustraciones, y cantan en mi memoria las palabras finales; allí, en ese santo monasterio

murieron, bendiciendo su destino,
el noble conde, la feliz doncella,
y el santo penitente Juan Garino.

La leyenda del ermitaño refugiado en la cornisa aserrada del monte rojizo, el diablo erigiendo otra ermita junto á la del asceta, el conde Wifrido trepando por aquellas rocas inaccesibles, casi en el ardor de una cacería, la bella hija del conde resuelta á quedarse en compañía del santo ermita para entregarse á la faena dulce para una muchacha de salvar su alma y luego la tentación, el triunfo del pecado, y, por consejo de Satanás, el crimen, el horrible crimen: la niña asesinada por su seductor (el furor homicida seduciendo al furor erótico, bien visto, bien observado el lance, así ve Zola). ¿Cómo olvidarla, cómo olvidar este cuento cuando el narrador es un poeta, un poeta épico como el duque de Rivas, un Homero romántico de tercer orden, y no puede quejarse de la altura (lado el punto de comparación? Juan Garino fué á Roma, volvió, cumpliendo la penitencia impuesta por el Papa, andando en cuatro pies hasta las grutas del Montserrat, allí hizo vida de animal, este santo que se había dejado vencer por la "bestia humana" que cada uno de nosotros lleva dentro, y logró ser un animal; corría por los bosques de la serranía bellidos como un oso; los cazadores del conde apresaron aquella fiera que todo el mundo veía con asombro en el palacio condal de Barcelona.... Dios le envió su perdón por la boca de un recién nacido,

supo el maravillado conde la estupenda historia, corrió en compañía del perdonado á buscar el cadáver de su pobre hija, que salió de la tumba viva y pura como un lirio, una "azucena misteriosa" y pasaron los años, y al pie del santuario de María murieron

bendiciendo su destino
el noble conde, la feliz doncella,
y el santo penitente Juan Garino.

Los glaciales picos en semejante estación? Dicen que Monistral es un pueblo pintoresco; no lo ví, no quise verlo, no me importaba; no me importaba el clásico Llobregat, que por allí se desataba rumoroso, siempre de líquida nieve (esto es calderoniano); no sé si al pasar por la casa de la estación tomé algo, aunque parezca mentira, nada me importaba nada, el frío me traía displicente y mohino. Descen-



Puerta de la Iglesia.

Tomamos muy temprano, por una fría y nebulosa mañana de Diciembre, el ferrocarril de Barcelona á Monistral, Pablo Macedo, su familia, á la que ya me ligaban lazos de íntimo y agradecido afecto, y yo.

Bien cerrado nuestro compartimiento, bien arrebujaos en nuestros abrigos, los pies sobre los aplastados tubos de agua caliente y helados sin embargo hasta la médula, llegamos á Monistral.

Muy pocos pasajeros para el Montserrat: ¿quién podía pensar en encaramarse á aque-

dimos por una amplia escalinata, un rayo de sol verdoso como cardillo de espejo empañado se nos pegó un rato al cuerpo. Allé los ojos; enfrente estaba el Montserrat, es decir, no estaba.

Había hecho lo mismo que nosotros; se había arrebujaos en una gran manta espesa de nubes blancas. ¿Cómo andarán las cosas por allá arriba? nos preguntábamos; ¿subiremos? ¿no subiremos? Subimos. Subimos por el ferrocarril de cremalla que baja de Monistral á una hondonada, salva el Llobregat y co-

mienza á ascender por una pendiente fortísima los escalones del monte. A poco subir ya no veíamos casi nada, la inmensa nube nos envolvía y nos lamía; entre aquel mar fluido percibíamos grandes contornos indecisos de rocas, claroscuros gigantescos, tonos de vegetación esfumada en la niebla, sombras fugaces de pinos rígidos y esbeltos como flechas góticas; aquello era fantástico, impreciso, irreal, submarino.

Parecía que la nube nos llevaba en sus alas; que aquel monstruo que escalaba rechinando y jadeante las rampas, era un hipógrifo que nos arrebatava al cielo. Dejando á un lado mi-

pectáculo supremo. De repente el sol ¡Ah! ¡Oh, maravilla!

Mis compañeros de viaje y yo nos habíamos cambiado palabras en la nube. Ahora hablabamos por exclamaciones como los prehombreros de antes del lenguaje articulado. Todo lo queríamos ver á un tiempo, ¡no nos era dado! Arriba los muros titánicos que desprendían del azul sus perfiles agudos de informes obeliscos, todo ello rojizo, violáceo, cárdeno, bien embadurnado por la brocha de oro del sol; abajo un infinito lago blanco formado

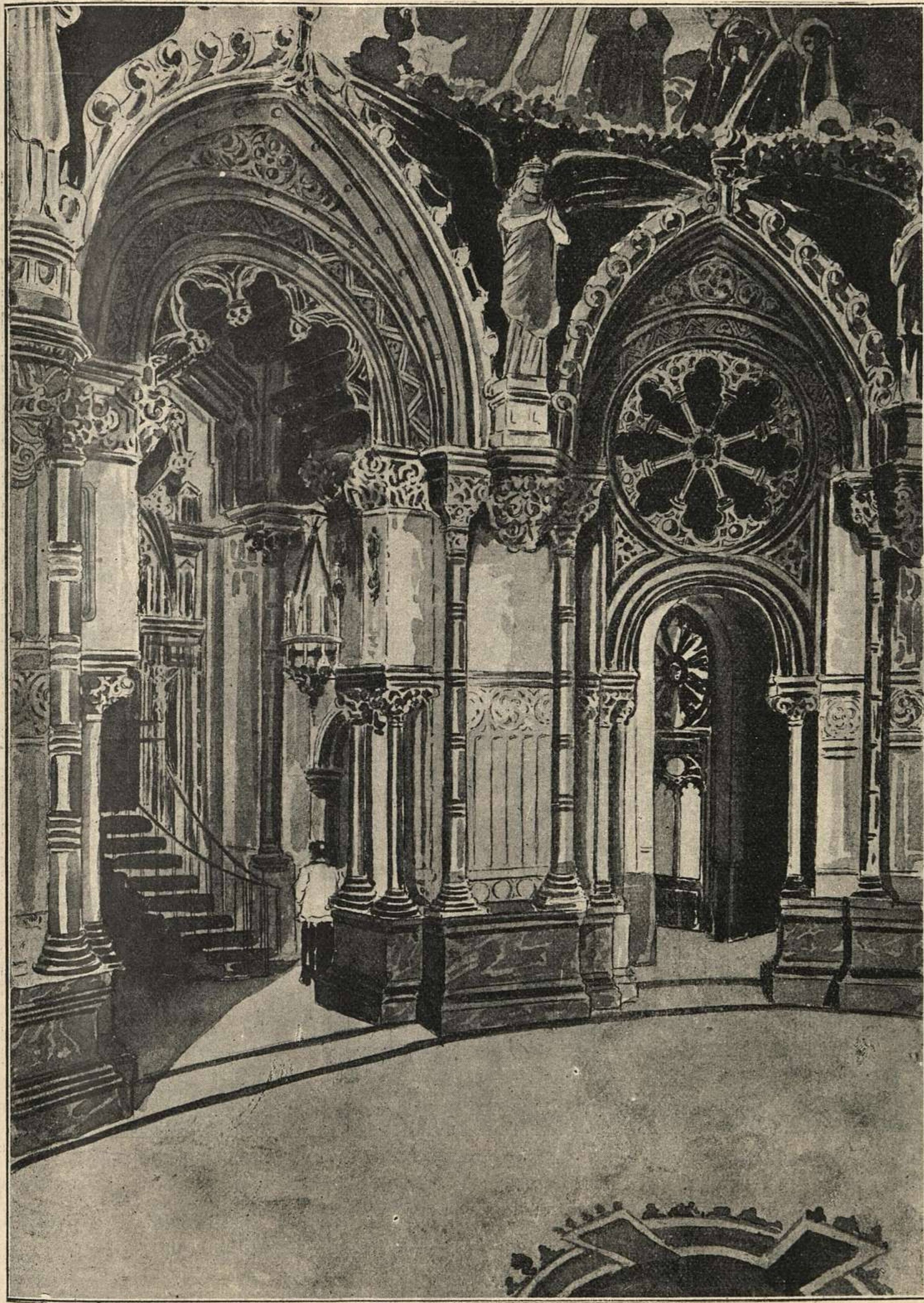
santuario y á escuchar la "salve" de la Escolania de Montserrat, con tal de asistir al drama que se anunciaba ya; Febo deshaciendo la nube con sus saetas de fuego y el cielo azul bebiéndola lágrima á lágrima; y la parte oculta de esta montaña que domina como un peñón labrado por la Quimera, la llanura catalana, apareciendo á los ojos por la agria rampa en que la línea de cremallera incrusta su trazo de acero dentado.

Pero no pudo ser, teníamos un programa encajonado en un horario, y un inflexible jefe que se llamaba Pablo Macedo, que es reloj en carne y hueso, en esto último más bien. Y subimos al monasterio.

Si mis lectores quieren conocer datos geológicos sobre estas rocas esquistosas, que parecen pintadas y que dominan con su extraño circo roto la planicie catalana á mil metros poco más ó menos sobre el nivel del Mediterráneo; si quieren saber cómo se apareció la virgen (hecha por San Lucas, que según parece, tenía un taller considerable de pintura y escultura de exportación), en una gruta que, por desgracia, está clausurada en invierno; siquiera saber cómo se construyó el primer monasterio de religiosas que luego ocuparon los benedictinos de Ripoll al fin del siglo X., y cómo fué abadía en principios del siglo XV y las veces que fué destruido y cómo fué reconstruido definitivamente hace veinte ó veinticinco años, que lo pregunten á las guías y monografías: yo poco sé y nada tengo que decir.

Me interesan mucho las ruinas, más que los edificios viejos y éstos más que los nuevos; en realidad no me gusta de veras sino lo que tiene historia; ese "tic" es lo único que he sacado en limpio de veinte años de profesor de historia; es inocente, es inofensivo. Por eso amo tanto los viejos claustros, los viejos santos, los viejos libros.—¿O será por seguir la moda? Tal vez. Los restos del viejo monasterio de Montserrat, los fragmentos de capiteles y de tumbas, las reliquias góticas del vetusto edificio (Siglo XV. al expirar el arte ojivo), todo me pareció encantador y mientras nos preparaban el almuerzo en la fonda más cercana, entramos á la iglesia, nos paramos frente á una inmensa verja cerrada y no vimos nada; frío, obscuridad; allá en el fondo negro, algunos salientes iluminados por la tenue claridad difusa delineaban vagamente un tabernáculo; ardía una lámpara, complicadora del misterio como una interrogación de luz en la perpetua sombra; por los vitrales entraba el día, pero tan velado que se fundía en la noche interior de que hacía surgir ángulos de mármol bruñido, nichos de santos perennemente extáticos sobre sus altos pedestales, áureas líneas verticales en las pirámides de agujas gráciles de los doseletes góticos, fragmentos de los aros de los lustros bizantinos; ¿qué sé yo? toques de oro en las cornisas, en las aristas, en el lustre de los bancos; ¿qué sé yo? Una especie de agua-fuerte de Rembrandt, con densas masas de oscuro en todos partes y vagas manchas claras donde quiera. Nada he visto más quieto, más mudo, más triste; era la impresión de un escaparate que escondiese maravillas de pedería tras un cristal deslustrado; era... Era la hora de almorzar.

En una de esas fábricas altísimas, de espaldas á las rocas y clareadas, bajo los aleros oscuros de los tejados, por simétricos ventanales multiformes (arriba cuadrangulares, de medio punto abajo, y ojivos en los pisos inferiores), estaba nuestro "restaurant." Este es el caso de decir que almorzamos bien y almorzamos mal (diferencia entre la cantidad y calidad en relación directa con nuestro apetito hurgado por el frío). Después empezamos á rastrear por los corredores y pasadizos de aquellos vetustos edificios, hoy huérfanos de romeros y visitantes, compramos medallas, removimos pedruzcos labrados y



Camarín de la Virgen.

tologías, yo estaba muy divertido con el extraño espectáculo; cuantos hemos viajado por montañas, hemos atravesado nubes, es claro, es decir, es turbio; pero yo nunca como aquí; esto era más apretado, más íntimo, más lento, veíamos el origen de las cosas (lo que quería Lucrecio para ser feliz), pero se nos perdían, se nos borraban, abajo eran una sombra, luego una silueta, más arriba un ensueño. De improviso un poco más de claridad, un poco más acentuados los troncos, un poco más precisos los bloques formidables, un poco más diáfano el nublado, el horizonte se complicaba con lejanías huyentes en la masa gaseosa. Sentíamos la angustia indefinible de lo grandioso entrevisto, el presentimiento de un es-

de exquisitas alburas, ondulantes de las que no se imaginan, de las que no se ven; aquello parecía luz en estado gaseiforme, luz que tendiera á convertirse en nieve; los troncos de los árboles aquí cerca, las puntas ramosas allá, que surgían del nublado trayéndose en las aristas guedejas de humo, parecían salir de un agua fluida; en la transparencia del nublado debajo de ellos, podía seguirlos la vista. Y más allá, como islotes de ametista, emergían algunos picos de la sierra como enormes dólmenes verticales que manchaban la blancura del lago con su breve sombra azul.

La impresión era embargante, estábamos atónitos, no podíamos dejar de contemplar esto; habría renunciado siete veces á ver el

por fin nos colamos por entre los muros del santuario y los del impenetrable monasterio y salimos á la pendiente de la montaña, seguimos entre los pinos que erguían en el ambiente glacial y seco sus husos verdinegros, y á poco andar llegamos á una especie de anfiteatro de piedra: "el balcón" de los monjes.

Nada quedaba del nublado, ni un vellón en las ramas de los árboles, ni una guedeja en las quebras sombrías de la montaña. La montaña nos coronaba con sus pedruzcos purpúreos que surgían entre el verde quemado de la vegetación de invierno que los lamía y estriaba; aquellos "menhirs" erigidos por la naturaleza, ó parecían bloques sin pinturas, monolíticos, formidables, ó parecían piedras caprichosamente superpuestas, el "caball" vernat, el turó de San Jerónimo, ¿qué sé yo? Todo grandioso y excelso. Por un vericueto aspérrimo que contorneaba el monte corrió Macedo, con sus piernas de ganzo á ver la otra falda

que comunica con el altar, penetramos en éste y avanzando algunos pasos, nos encontramos entre cirios y columnillas doradas al lado de la imagen venerada; es un cono de seda blanca espléndidamente bordado de oro, y terminado por una enorme corona real. Debajo de esa corona se ve la cara de la virgen, muy dulce, muy negra, efecto del tiempo, del humo de los cirios..... Como si estuviese atornillado sobre el pecho de la virgen, un niño Jesús, coronado y bordado ricamente, irgue sobre la blanquísima golilla su cabecita redonda y seria y negra también.... Soy un hombre que tiene horror nervioso por los microbios, pero confieso que gracias á lo reconcentradamente plebeyo de mi origen, no tengo asco al pueblo así en masa, y donde él besa, beso yo, y donde él bebe, yo también; me siento, no sin orgullosa humildad, al lado de estos talismanes que personifican el amor y la esperanza de tantos infortunios, un pig-

ciana, la niñera mexicana que acompañaba á la familia Macedo, asomó su atezado rostro azteca junto al manto blanquísimo de la virgen, y besó humildemente y extática la mano de aquella Patrona, que representa todo lo que una raza desheredada guarda de amor y anhelo por un ideal de misericordia infinita, me quise arrodillar, quise esconder la cara entre las manos y quise llorar. La tumba de mi madre que duerme en mi santuario interior, se abría... ¿"Y el fraile que es usted, me diría Manuel Flores, se arrodilló?"—No; soy un fraile apóstata, gordo, débil; me dió vergüenza.....

Cantaba magníficamente la "Salve Regina," la Escolania. ¿Quién ha dicho que el pensamiento y el sentimiento son las dos alas del espíritu? Pues yo soy un aliquebrado; la primera me ayuda poco á volar. ¡tan poco! No soy un sentimental, soy un sentidor—Y nótese, entre paréntesis, que una señal indubita-



Interior de la Iglesia.

del "Montserrat;" los demás permanecimos asombrados ante nuestro panorama; toda la ondulante llanura catalana hasta el recorte esfumado del mar, del muro de cristal del Pirineo; cerrando un fragmento de nuestro horizonte; masas de vegetación, precisa aquí, vaga y difusa más abajo; caseríos, puntas de campanarios, fragmentos de caminos que se escababan en zig-zag, cruces, puntas de campanarios, horizontes aún deslustrados por las brumas invernales.

Nos arrancamos de allí al fin; nuestras horas estaban contadas; era preciso llegar temprano á Monistral para embarcarnos en el tren de Lérida á Barcelona.

La reja de la iglesia estaba abierta ya; había mucho mayor claridad, estaba habitada, los monjes invisibles cantaban y rezaban en el coro alto. Por la espléndida sacristía y el camarín, nos dirigimos á la doble escalinata

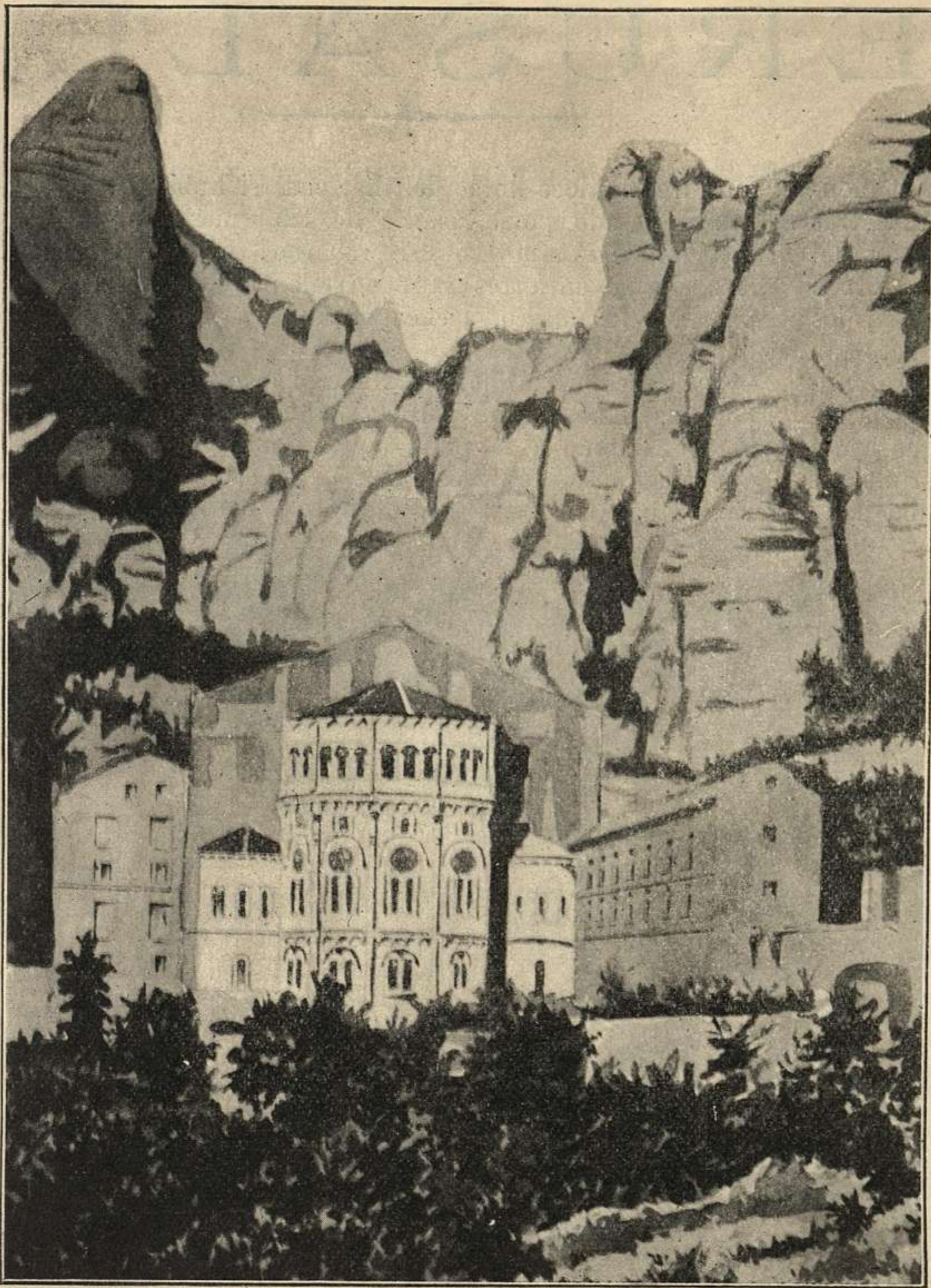
meo, un cualquiera, uno de ellos... Y besé la mano de la virgen, la que lleva un mundo, del que brota una azucena, con la unción de un peregrino.

Tres minutos después, esperaba á mis compañeros sentado en una de las bancas del santuario. Es gótico, es románico, es bizantino, como ahora decimos todos sin saber bien que es lo que decimos; es una mezcla no poco feliz de estos estilos con un flujo de oro y colores que ofusca. Capillas, pilastras, galerías altas, vitrales todo esplende; es un fulgurante relicario de pedrería aquella nave única, dedicada á la gloria de la negra "madona" montañesa; los coros de la capilla (la Escolania), perfectamente amaestrados en el monasterio, mezclaban la vibración de las ondas sonoras con las de la luz que despedían aquellos muros, aquellos altares, aquellos lustros y con las que brotaban de mi alma, y yo sentía íntimamente con delectación sin nombre, el ritmo de todo eso... Cuando Pon-

ble de que ya por fin llegó la vejez para mí es esta manía de exhibir mi "yo" como si pudiese interesar esto á nadie con exclusión de mí mismo y mi familia. Pero en primer lugar protesto que soy absolutamente sincero y entonces ya puedo considerarme como "un caso" psicológico y cobró así interés para mi buen amigo Ezequiel Chávez, y en segundo lugar escribo estos apuntes en primero y segundo lugar para mí; en tercer lugar, para los míos, en sexto, para los demás. Por eso me analizo. Es la curiosidad de sí mismo que asalta á uno cuando ya se va acercando la liquidación.

La "salve" resonaba magnífica. Aquella música vivaba los oros y los topacios de la luz, esmaltaba la sombra de intangibles espectros de ángeles, en aquel misterio se entreveían fragmentos de la escala de Jacob. El "Padre Nuestro" es la oración del hombre, dueño de sí mismo, que conoce sus deberes y sus derechos; no es una deprecación humil-

de, es una súplica respetuosa; es una plegaria jurídica, es una especie de declaración de los derechos del hombre frente al padre universal." "Perdóname, porque perdono" "No nos induzcas en tentación." "Danos el pan cotidiano." "Ya debe empezar sobre la tierra, el reinado de la justicia, el reinado de Dios" "Adeniat régnum tuum." La "salve" es el sollozo inmenso de los que sufren sin otra esperanza que el más allá. Y no hay poeta, profeta ó mártir que haya encontrado expresiones filiales más eternamente dulces y tristes: "madre de la misericordia," "nuestra vida, nuestra dulzura, nuestra esperanza." Te invocamos los desterrados en este valle de lágrimas ¡oh! clemente, ¡oh! piadosa." ¡Oh! maestro inmortal que al son de la lira de oro rezabas sonriendo la oración de Athena en el Acrópolis, ¡cuán inútil es la ciencia y el instinto divino de la armonía, de la enritmia, para llegar á uno de estos hondísimos lamentos que salen de unos labios de mujer y parecen la voz de la humanidad, ¿no es cierto? Y quién en esos supremos minutos de la vida, en que el alma se consume de dolor como un lámpara pronta á extinguirse en el centro de un amor, de un hogar, no ha rezado muy silenciosa, muy íntima, esa oración sin respuesta ¡ay! la oración de la esperanza? ¡Y si no la tiene, qué rechazo de la ola del dolor, qué reflujos de amargura en nuestro ser entero; cómo sentimos que marchamos desde aquel instante en la sombra definitiva, en el vestíbulo moral de la muerte



Exterior del Camarín de la Virgen.

Había acabado "la salve;" íbamos corriendo envueltos en las ráfagas glaciales de los Pirineos, que nos tostaban la piel y nos estrujaban los pies y las manos como manoplas de fierro. Y me decía mi razón (esfuerzos del ala quebrada): "Entonces hay que dejar á los hombres, á los pueblos entregados á las supersticiones, que son la rémora del avance de la ciencia, de la verdad salvadora? ¿Hay que respetar su fe en "las apariciones" que lo inducen á esperar en el "milagro" y no en su propio esfuerzo iluminado por la razón y la conciencia? ¿Hay que renunciar á dar cima á la obra iniciada por Cristo contra el paganismo, á reemplazar la superstición por la religión, la que se funda en la hipótesis necesaria de la absoluta inteligencia y la absoluta justicia?"

Si hay que llevar hasta el fin la obra contra el paganismo en cualquiera forma que se presente, hay que espiritualizar, hay que levantar las frentes, hay que continuar la obra de San Pablo, de San Agustín, de Calvino, de Comte, de Spencer ¿Y el arte? ¿Y el arte?"

En la soberbia sala del "Liceo" de Barcelona, no recuerdo haber visto otra mayor, escuchaba, en la noche, el "Hamlet" de Ambrosio Thomas; Música muy expresiva, muy bien trabajada, muy inferior á la obra del poeta á quien no traduce, á quien comenta de un modo encantador á veces, débil y mezquino siempre. Lo que hay de infinito detrás del Hamlet, la tragedia que todo espíritu va urdiendo detrás de la tragedia escénica no se adivina un solo instante en la obra del músico francés. Hamlet, ese es el drama por excelencia, el hombre un mecanismo pensante, un reloj consciente, el alma un péndulo que oscila, que oscila siempre.—Se oye el tic-tac.

Justo Sierra

LA PRIMAVERA GRIS.

En los países nivosos y brumosos, de cielos indolentes, de temperaturas extremadas, heladas en invierno y candentes en estío, la Naturaleza viste cuatro suntuosos trajes al año y ostenta cuatro panoramas diversos y pintorescos que la hacen varia y bella. Viste de armiño en invierno, de esmeralda en primavera, de púrpura en estío y de oro viejo en otoño; se transforma de sábana blanca y de albo sudario en peplum recamado, colorido y florido, pasa después á púrpura manto y arrastra después dorada cauda.

De estas transformaciones esplendentes y de estos suntuosos panoramas hay uno sobre todo, que es una fiesta para los sentidos y un encanto para el espíritu: la primavera. Auras tibias soplan y funden las nieves y los hielos, de debajo de su sudario emergen los arbustos y los árboles cuajados de yemas y repletos de savia. El césped tierno, jugoso y verde, tiende alfombras al paso y la vegetación levanta cúpulas en la arboleda. Vagos perfumes embalsaman la atmósfera; los botones de rosa y de alelí asoman sus cabecitas sonrosadas en las puntas de las ramas ó en los ángulos de los tallos y el rocío riega diamantes sobre las corolas entreabiertas.

En los troncos se dibujan los nidos y de los mildos parten trinos y aleteos indolentes. El sol dorado, radiante, resplandeciente, colora la campiña rodeado como de un cortejo de nubecillas blancas y sonrosadas. Las aguas desatancadas comienzan á bullir en los arroyos, á murmurar en las rompientes, á precipitarse en las cascadas y se coronan de armiños y de iris. Los insectos esmaltados y las pintadas mariposas zumban entre la yerba naciente ó aletean sobre los cálices perfumados. El agua bajo su triple forma de vapores, rocíos y corrientes, impregna toda la fauna y toda la flora; la Naturaleza, como Afradita, parece surgir de las onidas y de las espumas ostentando sus perfecciones todas y ofreciéndose á la admiración del hombre.

Tal es la primavera, renaciendo da, resurgimiento de la actividad, prodigalidad de todas las bellezas.

Pero hay otra primavera, gris, monótona, asfixiante y pesada; la primavera de los países secos, escuetos y polvorosos, la Primavera de las elevadas y áridas mesetas, la Primavera de nuestras tierras altas.

Recios y sedientos ventarrones soplan y levantan polvaredas salitrosas. El horizonte radiante y azul en el invierno, se envuelve en brumas malsanas de arenas removidas. Cae sobre la vegetación naciente una ceniza blanquizca. No revolotean en los aires aves ó insectos, sino basuras tostadas arremolinadas por el viento. Las flores y los retoños desaparecen bajo un sudario gris de polvo y revisten el aspecto de flores y de hojas espolvoreadas de marmaja. Hasta las nubes parecen empolvadas y desaseadas.

La tierra seca se agrieta y deja escapar emanaciones sulfurosas; el torrente es un reguero de matatas redondas y desnudas como cráneos encalvecidos. Lo que el estío fué lago se transforma gradualmente en pantano; el aroma de las flores se substituye en emanaciones de cloaca. Los miasmas antes anegados se desprenden de las ciénegas y emponzoñan la atmósfera. Las aves jadean, los nidos callan, las alas reposan; las larvas, taimadas, esperan las primeras gotas de lluvia para evolucionar y transformarse en insectos ponzoñosos y agresivos.

Todas las miradas escudriñan el cielo en busca de las nubes prometedoras de lluvias.

Dan ganas de envolverse en las húmedas y congeladas capas de los "cirrus" y en las frescas y blancas redondeces de los "cúmulus." El rocío se evapora antes de tocar el pétalo y en la vertiente las corrientes se secan antes de llegar al cauce.

Los valles risueños y floridos se transforman en campiñas de Jerusalén; solo el cardo yergue su espinosa cápsula y el "órgano" su espinazo seco; por donde quiera florecen en manchas blanquizcas como de nieve sucia los salitres acres y los nitros salados. Los cubos de la noria salen secos de las profundidades de los pozos; los surtidores de las fuentes se esquivan y se esconden en las cañerías; los manantiales no brotan y las lamas desecadas tapizan el fondo de los canales. Los árboles parecen caminantes polvorosos venidos del desierto, y las amarillentas colinas camellos fatigados, descansando lejos del oasis.

Se grita, se clama, se exige ¡agua! como en un incendio. No fructifican más que las bellotas; una tuna en un mopal es un hallazgo y alrededor de cada charco hay un círculo de animales sedientos.

¡Qué triste y qué agobiadora Primavera! Los microbios desecados pululan en la atmósfera mezclados con las arenas y con los cristales de salitre. La muerte, escueta é irónicamente sonriente, acecha y cosecha. Todo duerme ó todo muere. El espíritu obnubilado sacude su pereza y su somnolencia con explosiones de sedienta desesperación. La criminalidad aumenta y la sana actividad disminuye; el hombre se siente más desgraciado y más perverso. El hospital y la cárcel se atestan; la epidemia impera.

Es la época de prueba. Felizmente dura poco. Se sale de ella como de un peligro, y cuando las primeras lluvias lavan la vegetación, impregnan la tierra y refrescan la atmósfera, el hombre entona un hosana y vuelve á la vida y á la felicidad.

Dr. M. Flores.

JERUSALEM.

¡Hé aquí la ciudad desde lo alto de la montaña de los Olivos! No tiene horizonte detrás de sí, ni por el lado del occidente ni por el del norte: la línea de sus muros y de sus torres, las agujas de sus numerosos minaretes, los arcos de sus brillantes cimborrios, se recortan duramente sobre el azul de un cielo de oriente; y la ciudad, así sostenida y presentada sobre su ancha y elevada base, parece que brilla todavía con todo el antiguo esplendor de sus profecías, ó que no espera más que una palabra para salir espléndida, magnífica, de sus diecisiete ruinas sucesivas y ser aquella "Jerusallem nueva" que "sale del seno del desierto, brillante de claridad.

Esta es la más esplendente visión que puede tener la vista de una ciudad que ya no existe, porque

durante las doce horas del día, cual si hubiéramos pasado por delante de las puertas muertas de Pompeya ó de Herculano! Sólo vimos cuatro entierros salir en silencio de la puerta de Damasco, y encaminarse á lo largo de los muros hacia los cementerios turcos; —y de la puerta de Sión, cuando pasamos por ella, más que un pobre cristiano que había sucumbido á la peste aquella mañana y que cuatro sepultureros llevaban el cementerio de los Griegos. Pasaron junto á nosotros,

tantas veces, cuyo pensamiento ha arrebatado tantas también aquel divino cantor! ¡David es el primero de los poetas del sentimiento! ¡es el rey de los líricos! ¡Jamás ha exhalado la fibra humana conciertos tan íntimos, tan penetrantes, tan graciosos! ¡Jamás el pensamiento del poeta se ha dirigido á tanta altura! ¡Jamás el alma del hombre se ha derramado delante del hombre y delante de Dios en expresiones y sentimientos tan tiernos, tan simpáticos y patéticos! ¡Los más secretos gemidos del corazón humano han hallado todos sus voces y sus notas en los labios y en el arpa de aquel hombre! y si nos trasladamos á la remota época en que resonaban tales cantos sobre la tierra; si consideramos que entonces la poesía lírica de las naciones más cultas no cantaba más que el vino, el amor, la sangre y las victorias de las musas y de los corceles en los juegos de la Elide, se siente uno penetrado de profundo asombro al oír los místicos acentos del rey profeta que habla al Dios creador como un amigo á su amigo, que comprende y alaba sus maravillas, que admira sus justicias, implora su misericordia, y parece un eco anticipado de la poesía evangélica, Cristo antes de haberlas oído. Profeta ó no, según le considere un filósofo ó un cristiano, ninguno de una inspiración que no fué dada á ningún otro hombre! ¡Lean otros á Horacio ó á Píndaro después de haber leído un salmo! Yo por mí, no puedo.

Yo, humilde poeta de un siglo de decadencia y de silencio, yo, si hubiera vivido en Jerusalem, hubiera elegido el lugar de mi residencia y la casa de mi descanso precisamente donde David eligió el suyo en Sión: esta es la más hermosa vista de Judea, y de la Palestina y de la Galilea. Jerusalem está á su izquierda con su templo y sus edificios, sobre los cuales podía extenderse la mirada del rey ó del poeta sin ser visto. Delante de él,

fértiles jardines, en suaves declives, podían conducirle hasta el fondo del cauce del torrente cuya espuma y cuya voz amaba.—Más abajo, el valle se abre y se extiende, sombreado por higueras, granados y olivos;—á alguno de estos peñascos suspendidos sobre el agua corriente; á alguna de esas sonoras grutas, refrescadas por el aliento y el murmullo de las aguas; al pie de alguno de esos terebintos, abuelos del terebinto que me cubre, venía sin duda el poeta sagrado á esperar el astro que le inspiraba tan melodiosamente! ¡Ah! ¡ojalá me fuera dado hallarle para cantar las tristezas de mi corazón y las del corazón de todos los hombres, en esta edad inquieta, como él cantaba sus esperanzas en una edad de juventud y de fé! Pero ya no hay cantos en el corazón del hombre, porque la desesperación no canta; y mientras no descienda un nuevo rayo de luz sobre la tenebrosa humanidad de nuestros tiempos, las lirás permanecerán mudas y el hombre pasará en silencio entre dos abismos de duda, sin haber amado, ni orado, ni cantado!

Otra escena del paisaje de Jerusalem hay que yo quisiera grabarme á mí mismo en la memoria, pero no tengo ni pincel ni color:—esa escena es la del valle de Josafat, valle célebre en las tradiciones de tres religiones, donde los judíos, los cristianos y los mahometanos colocan de común acuerdo la terrible escena del juicio supremo.

Alfonso de Lamartine.



parece que es todavía y que brilla como una ciudad llena de juventud y de vida; y sin embargo, si se le mira mejor no es en efecto mas que una hermosa visión de la ciudad de David y de Salomón. Ningún rumor se eleva de sus plazas y de sus calles; ya no hay caminos que conduzcan á sus puertas del Oriente ó del Occidente, del Mediodía ó del Septentrión; no hay mas que algunos senderos que serpentean á la ventura entre los peñascos, donde se encuentran algunos árabes medio desnudos, montados en sus borricos, y algunos camelleros de Damasco, ó algunas mujeres de Belém ó de Jericó, que llevan sobre la cabeza un cesto de uvas de Engaddi ó un canastillo de palomas que van á vender por la mañana, bajo los terebintos fuera de las puertas de la ciudad. Todo el día estuvimos sentados en frente de las puertas principales de Jerusalem; dimos vuelta á las murallas, pasando por delante de las otras puertas de la ciudad. Nadie entraba, nadie salía; ni aun un mendigo estaba sentado junto á los pozos; el centinela no se mostraba en el dintel; nada vimos, nada oímos;—el mismo vacío, el mismo silencio reinaban á la entrada de un pueblo de treinta mil almas,

tendieron el cuerpo del apestado en la tierra cubierto con sus vestidos, y se pusieron á cavar en silencio su último lecho, bajo los pies de nuestros caballos. La tierra en derredor de la ciudad estaba recién removida por semejantes sepulturas que la peste multiplicaba por días, y el único rumor sensible, fuera de las murallas de Jerusalem, era la monótona lamentación de las mujeres turcas que lloraban sus muertos! No sé si la peste era la única causa de la desnudez de los caminos y de aquel profundo silencio, alrededor de Jerusalem y dentro de ella: no lo creo, porque los Turcos y los Arabes no huyen de los azotes de Dios, convencidos de que en todas partes pueden herirlos y de que no hay camino para escapar de ellos.—Sublime razón por su parte, pero que los conduce á funestas consecuencias.

A la izquierda de la meseta, del templo y de los muros de Jerusalem, la colina que sustenta la ciudad se aplana de repente, se ensancha y se desarrolla á la vista en suaves declives, sostenidos de trecho en trecho por algunos terrados de piedras rodadizas. Esta colina sostiene en su cima, á unos cien pasos de Jerusalem, una mezquita y un grupo de edificios turcos bastante semejantes á una aldea de Europa, coronado por su iglesia y su campanario.—¡Aquello es Sión! ¡el palacio!—¡la sepultura de David! ¡Aquel es el lugar de sus inspiraciones y de sus delicias, de su vida y de su descanso! ¡lugar doblemente sagrado para mí, para mí cuyo corazón ha conmovido



ENTRADA DE JESUS A JERUSALEM.--De la colección de grabados de G. Pellandini.

El edificio de la Escuela Nacional de Medicina.

Proyecto del Capitán Porfirio Díaz.

La marcada atención que el Gobierno ha puesto en el ramo de Instrucción Pública, está dando lugar á que se hagan serios estudios respecto á los locales que se destinan á las escuelas profesionales que actualmente, las más, están establecidas en edificios de poca amplitud, acondicionados de manera provisional y, en consecuencia, urgidos por los ade-

lantos pedagógicos modernos á una incesante y costosa labor de reformas.

Todo esto se va á evitar de seguro, con la atención que á dicho ramo se está prestando, y sirve de primera manifestación á este respecto, la creación del grandioso proyecto arquitectónico hecho por el Sr. Capitán Porfirio Díaz, para construir un edificio destinado á la Escuela Nacional de Medicina de México.

En estas planas se encuentra la monumental fachada del edificio que, de construirse, será uno de los que más embellezcan á la ciudad nueva.

Procuraremos hacer una ligera descripción

de este proyecto de edificio. Como se vé, constará de un sólo cuerpo y medirá cien metros de longitud. El pórtico correspondiente á los departamentos de Dirección del plantel, Secretaría, Prefectura, Pagaduría, Clases de Patología Quirúrgica, Obstetricia teórica para las Sociedades Médicas que existen en la capital.

Colocada en la parte central se encuentra una escalinata que da acceso al gran arco que sirve de puerta al edificio, y de cuyo centro y á la altura del

basamento, se levanta una estatua colosal de Minerva.

Hacen parte del artístico decorado en la porción que venimos describiendo, un grupo escultórico compuesto de varias figuras que representan la Medicina y la Cirugía, y a los lados se ven los bustos de Hipócrates, Galeno, Pasteur y muchos de los sabios más insignes de los modernos tiempos de la Ciencia y de la Salud.

En las columnas del pórtico se encuentran artísticos jarrones con alegorías apropiadas.

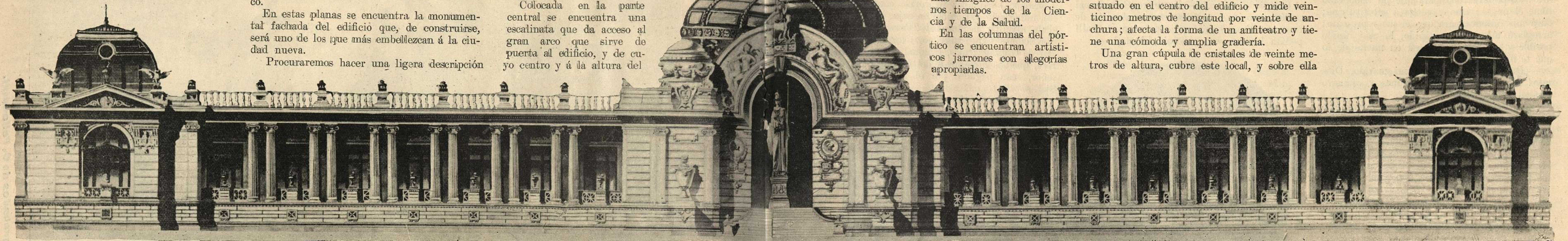
La techumbre de los departamentos situados en los extremos de la fachada, son dos elegantes cúpulas de cristales que dan aspecto magnífico al conjunto.

Del majestuoso pórtico se pasa á un amplio vestíbulo que da acceso á los corredores laterales; en el fondo hay tres arcos que corresponden al vestíbulo del salón destinado para Actos públicos y Conferencias. Este está situado en el centro del edificio y mide veinticinco metros de longitud por veinte de anchura; afecta la forma de un anfiteatro y tiene una cómoda y amplia gradería.

Una gran cúpula de cristales de veinte metros de altura, cubre este local, y sobre ella

Todos estos departamentos se encuentran en los dos primeros patios; en los otros dos se encuentran las clases de medicina legal, Histología con su gabinete, la Sala de Operaciones y otros anfiteatros.

A continuación están los salones que se destinan á las clases de Historia, de Drogas y de Bacteriología con sus gabinetes, Medi-



PROYECTO GENERAL DE LA FACHADA DE LA ESCUELA NACIONAL DE MEDICINA

LITERATURA

EN EL TEMPLO.

Sobre el altar, resplandeciente y blanca, en una apoteosis de luces y de flores, se erguía la Virgen inmaculada en su triunfo y divinamente bella.—Le hacía coro un grupo radiante de ángeles sonrosados y castos.—Los cirios quemaban su cera en sacrificio y el incienso impregnaba de perfumes acres las viejas vestiduras de los santos.

Las calvas bruidas de los profetas canonizados se iluminaban con los resplandores astrales de sus diademas. Una ola mística de effluvios conventuales envolvía en su aroma todas las rubias cabezas de los ángeles, y las testas arcaicas de los santos, y las capas pluviales de los sacerdotes, y las túnicas blancas de las vírgenes, y las vestiduras rojas de los monaguillos, y el copón de oro, radioso, como un astro que se elevaba en una marea lenta y luminosa, tras las azules ondas del incienso.

Tú estabas arrodillada frente al triunfo del altar. Inclinabas la cabeza al peso de la oración, y tus labios se movían como dos alas rojas desplegadas. Las radiaciones del altar llegaban hasta tí, y ponían su beso de fulgores en la onda tumultuosa de tu cabellera. Parecía también como que si tuvieras un nimbo en la cabeza.

La voz del sacerdote, llena de sonoridades extrañas y unciosas, llegaba á tu oído y hacía latir tu corazón. Estabas poseída de la plegaria y elevabas los ojos hacia la cripta, buscando el cielo tras los vidrios de colores.

La admonición del sacerdote seguía su monótona cadencia. Alzaron: sobre el ambiente perfumado y místico subió, subió lentamente la custodia de oro; y cuando todos bajaron la cabeza y golpeaban el pecho adolorido, al verte á tí transfigurada por la oración,

blanca como la harina de la eucaristía, radiante como el copón de oro, bella como la virgen del altar, caí yo también arrodillado; y al buscar una oración que volara de mis labios, al querer resurgir de mis recuerdos el lirio blanco de mi fe primera, como un gemido y como una súplica brotó tu nombre de mis labios, mientras se elevaba sobre mi cabeza rebelde el triunfo de la custodia sagrada, y esa oración llevaba en sus alas, hasta tu oído, la súplica ideal de mis amores y la blanca plegaria de mis penas.

Y en tanto, pasaba sobre mí, sin oír la siquiera, la frase envejecida del sacerdote consagrada por el rito, é iba á perdese desvanecida entre las sonoridades del órgano sagrado. Y sólo persistía para mí la música de tu nombre, sonoro como una campanada de gloria y dulce como una promesa de tus labios.

Augusto G. Coello.

LA CAMPANA.

¡Oh campana lenta como la agonía,
cuánta poesía
brindas al ensueño que á tu voz despierta,
á tu voz que canta la melancolía
y el silencio tibio de la tarde muerta!

Con su plañidero, gutural y grave,
al nacer nos cantas y al morir nos lloras,
como canta el ave
á soles difuntos y á nuevas auroras,
y aun después de muertos, en dolientes sonos
en las pensativas, solitarias horas,
piedad de nosotros por los corazones
que sufren, ¡simploras!

Emilio Bobadilla.

ostenta, como remate, una águila de grandes dimensiones.

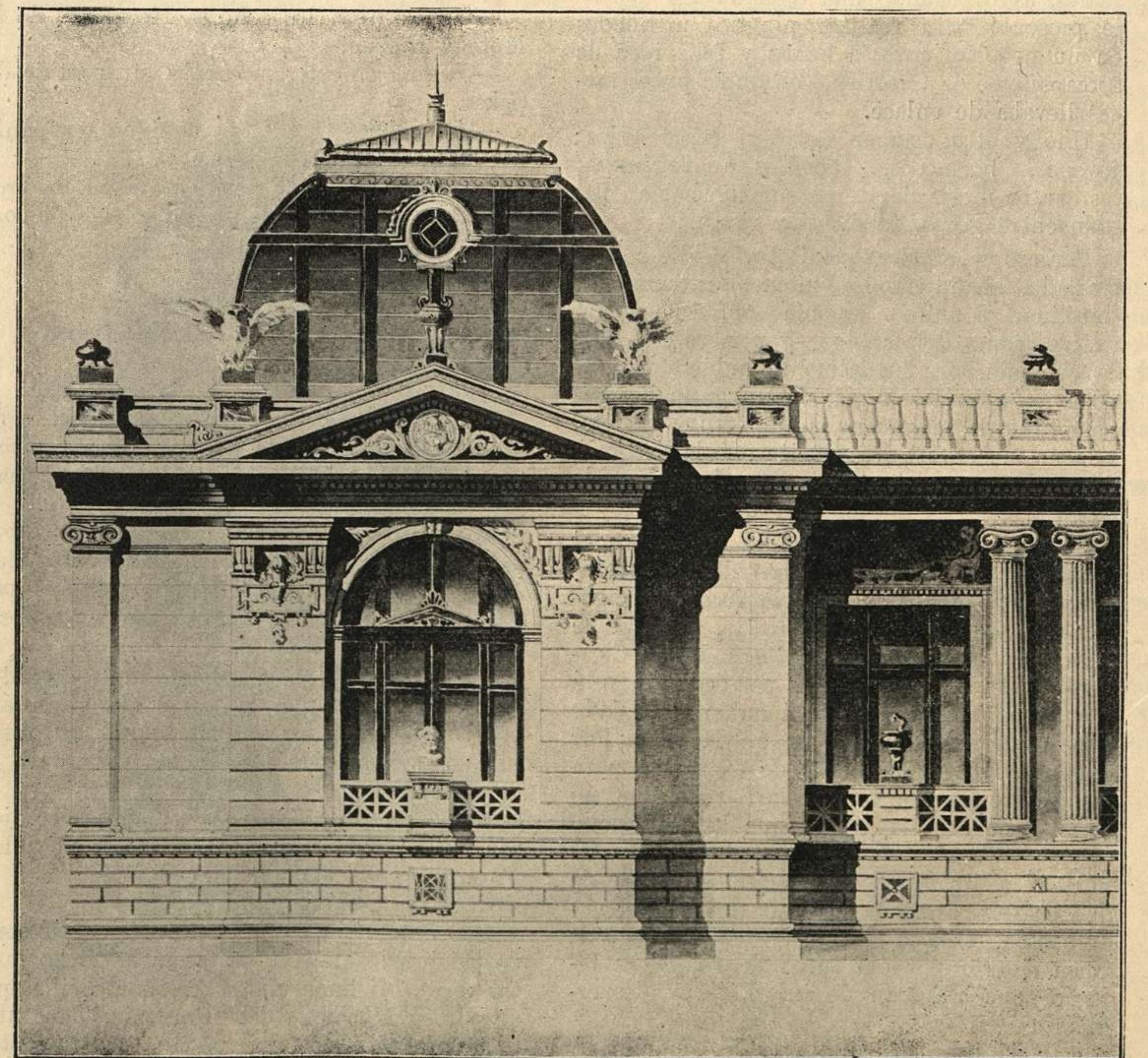
El edificio cuenta con cuatro patios rodeados de columnas de orden dórico y en ellos están las puertas que dan acceso á las clases de Física é Historia Natural, con sus respectivos gabinetes, Química, Médica, Patología Médica, Anatomía, que tiene contiguo uno de los anfiteatros y siguen en su orden respectivo las clases de Higiene, Terapéutica, Análisis químicos, Fisiología, Obstetricia teórica para alumnos, Patología general y el Museo.

cina operatoria, Generalidades de Patología Quirúrgica, Laboratorio de Farmacia, departamentos de Dirección y preparación de piezas anatómicas, y por último, las habitaciones de los empleados y otras dependencias para cubrir las necesidades de carácter económico interior de tan importante plantel.

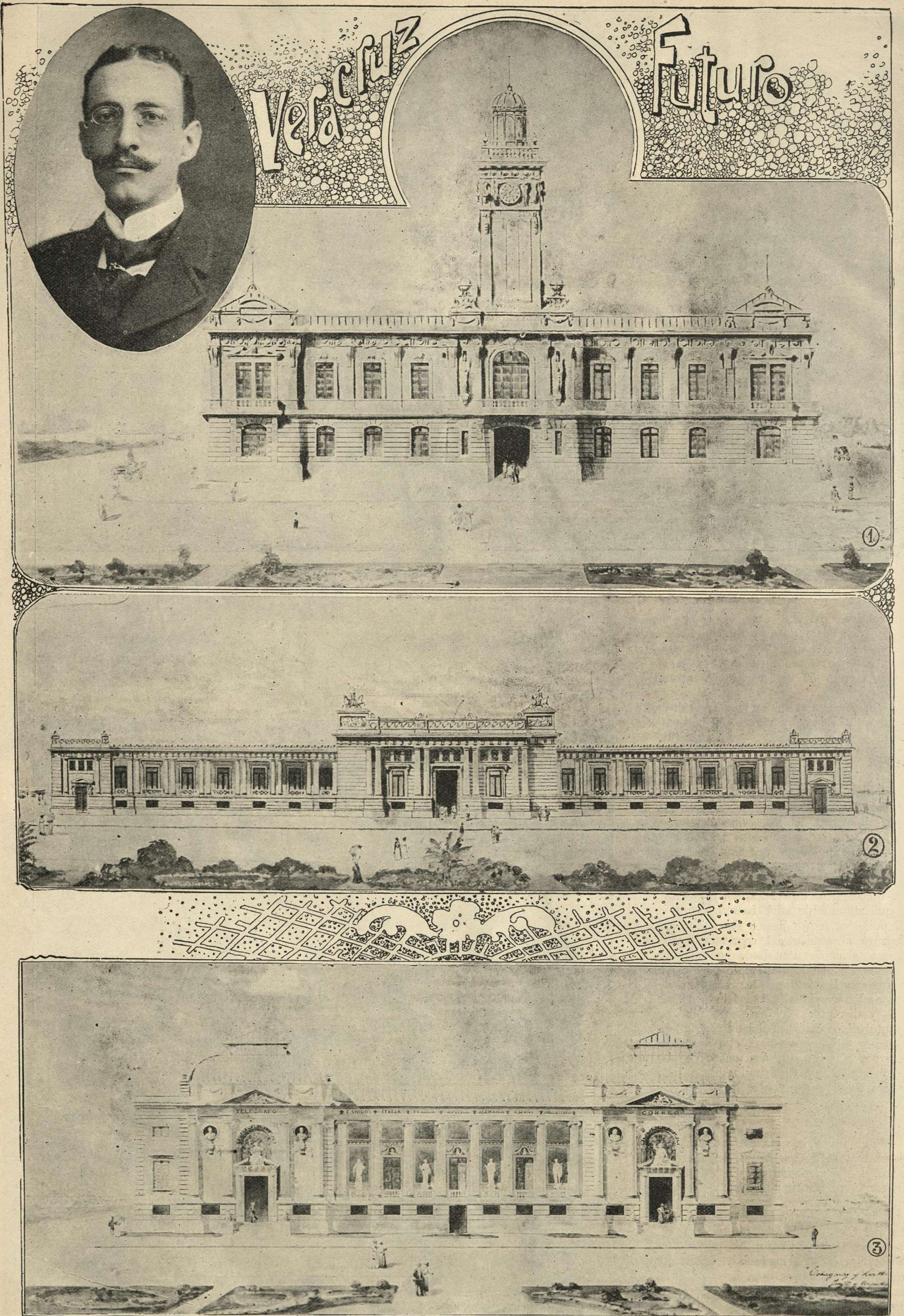
Nos complace dar á nuestros lectores una idea de este gran proyecto que habla tan alto en pro de nuestros adelantos y en pro de las reconocidas dotes intelectuales del señor Capitán Díaz.



DETALLE DE LA FACHADA.—CENTRO Y PUERTA PRINCIPAL



DETALLE DE LA FACHADA.—UN EXTREMO



INGENIERO SALVADOR ECHEGARAY.—1.—DIRECCION GENERAL DE FAROS.—2.—ADUANA MARITIMA,
3.—CASA DE CORREOS Y TELEGRAFOS.

EPISODIOS REALES

El viaje de Octavio.

—Efectivamente, Octavio, me siento fatigada, pero no enferma; si lo estuviera, te lo diría, sabes que nada te oculto y que mi mayor complacencia consiste en ser contigo absolutamente verídica.

—No, Carolina; tu semblante me dice otra cosa; no revela fatiga, revela enfermedad; esa palidez, esas sombras, esas ojeras; ¿estás aburrida? ¿quieres que regresemos á nuestro nidito? dispondré todo para que mi apoderado tome el primer tren y venga á substituirme; daré mis órdenes para que él me represente; arreglaré un expreso, rápido, lo más rápido posible y estarás en tu casa en menos de lo que te figuras.

—¡Qué tenquedad! la de mi marido, Dios mío! Empeñado en ver visiones y ofensivo con su incredulidad.

Octavio frunció el entrecejo no convencido del todo, dió un beso á su mujer en la frente y..... en esos momentos entró el camarista, presentándole una tarjeta.

—Tengo que salir, me espera abajo un carruaje para conducirme al punto de cita con los interesados; confío en que como primera entrevista, será breve y simplemente formularia. Son las seis; á las 7 ó 7 y media estaré de regreso; espérame, espérame; comeremos juntos; ocúpate entre tanto en leer ó en dormir y dí á la doncella que te haga compañía.

El viaje se había dispuesto de una manera intempestiva y decía la verdad Carolina al asegurar que lo único que resentía era cansancio. Halagos presentaba para ella, el conocimiento de una ciudad populosa; ella, acostumbrada á la vida más ó menos pacífica de provincia y que raras veces, muy raras, había salido á las poblaciones comarcanas. No así Octavio, que por su desahogada posición, aunque radicado en la ciudad, de donde como su esposa, era nativo, muchas ocasiones había llegado á la capital, ya por negocios, ya de simple paseo. En las circunstancias actuales, aprovechando una oportunidad que se le presentó para realizar pingües utilidades en un negocio, tuvo la buena y feliz idea de acompañarse de Carolina, con quien pocos meses llevaba de enlace.

Uno y otro estaban entre sí enamorados; jóvenes, hermosos, sencillos é ingénuos; los cuatro meses de su matrimonio habían pasado entre goces, felicidad y risas..

Por eso se explica que Octavio saliese contrariado, abandonando momentáneamente á Carolina, á quien suponía enferma.—¡Oh, exageraciones del camino!—y por eso se explica que ella, prudentialmente hubiese ocultado á los ojos de su marido un gesto de disgusto, que le provocara la importuna tarjeta, y la no menos importuna cita que la desprendían aunque por breve tiempo, de su amado Octavio.

El cupé avanza con rapidez por sobre el lustroso y nivelado pavimento de las Avenidas; dentro de él va Octavio fumando cigarrillo y acurrucado en el fondo, sin que le distraigan la vista las mil luces de los escaparates de las tiendas. Su pensamiento está con su mujercita adormida á quien ha dejado sola—¡pobrecilla! ¡Sola en un Hotel! ¿Por qué no tuvo la franqueza de excusarse para la conferencia de esa noche? ¿por qué no le anticipó al introductor que había llegado con su esposa? ¡Ah, no! por miedo, por temor á la juventud ociosa que, sabedora de que su amigo estaba con una mujer bella y agraciada, le haría caer en el temido riesgo de verse sitiado por esa turba de famélicos tonos que alardean de impudicia y desvergüenza.

Todo esto iba discurrendo, cuando el carruaje bruscamente se detuvo frente á una

lujosa morada. Ni tiempo le dió á nuestro joven de descender, pues en la acera, esperaba un caballero, el dueño del carruaje, que subió á él previo un apretón de manos á Octavio, diciendo con voz autoritaria al cochero:

—Al Club, de prisa.

Los salones del Club, están deslumbrantes y animadísimos; por donde quiera discurren grupos de individuos que platican en alta voz.

Las mesitas de juego se ven totalmente ocupadas, sin que haya á su derredor sitio vacío; los salones de billar otro tanto; hasta el gran salón de baile y el saloncito de lectura.

Octavio y Gonzaga,—llamemos Gonzaga al recién conocido,—se encaminaron al salón de fumar; allí no había nadie por ventura; allí podían hallarse con absoluta libertad.



Gonzaga oprimió un botón eléctrico y acto continuo, se presentó un mozo, que esperó las órdenes en actitud respetuosa.

—Ya llegaron los señores Housting, de la Mota y Nieber?

—Juegan en estos momentos un partido de pókar.

—Anúnciales que estoy aquí en compañía del señor D. Octavio Sicilia.....

Pocos momentos después, entraban los tres afludidos y se hacían las presentaciones de costumbre.

—D. Guillermo Housting.

—D. Isidoro de la Mota.

—El señor Barón D. Wilfrido Nieber.

—D. Octavio Sicilia.

Echemos una rápida mirada sobre ellos.

Gonzaga, Javier Leopoldo Gonzaga, era un hombre frisando en los treinta y cinco años; moreno, de mirada oscura, bigote espeso, alto, figura repulsiva.

Housting: rechoncho, barba rubia, espejuelos de oro, fumador de puro incorregible; ¿alemán? no; ¿polaco? tampoco; sajón; pero sajón venido no se sabe de dónde; antipático.

De la Mota: blanco, delgado, muy delgado, sumamente nervioso, voz atiplada y carraspeo continuo de garganta. Lampiño en absoluto; matriz aguileña, ejemplar del avaro ó del pícaro.

Nieber: afable, buen mozo, simpático, joven, bigote rubio, ojos azules, labios plegados por una sonrisa de bondad.

Gonzaga tomó la palabra.

—Señores: juzgo impertinente confirmar de palabra lo que por cartas se ha dicho tantas veces. Mi buen amigo el señor Sicilia, pide por su Hacienda del "Porvenir," la cantidad de seiscientos mil pesos; cuatrocientos mil de contado en el momento de tirarse la

escritura y el resto, á reconocer con hipoteca en primer término; tres años; intereses de 8 por ciento anual, pagaderos por semestres vencidos; en el transcurso del primer año, se amortizarán cien mil pesos; cincuenta en el segundo y el saldo en el tercero.

El señor de la Mota, por voz de la razón social "Nieber, Housting y Mota," con su eterna voz atiplada y previos dos ó tres carraspeos, dijo:

—Habiendo tenido detenidas conferencias con mis Honorables señores Socios, honorable señor Housting, y honorable Barón de Nieber; y ya por la preferencia que me da el conocimiento del lenguaje ó por causa de otra, (carraspeo) índole; y previa confrontación del numerario disponible en caja, hemos acordado adquirir la finca el "Porvenir" en las condiciones expresadas por el honorable señor de Gonzaga; más, racional y justo me parece, que los honorarios del corretaje de este señor, sean pagados por el honorable señor Sicilia.

—No discuto, señores, ni me gusta detener-

me ante pequeños obstáculos; advierto sí que no fui yo quien propuse en venta mi finca; advierto igualmente, que desprenderme de ella no es una necesidad imperiosa; pero si por detalle tan valadí retirase mi palabra, merecería el concepto de ruin, ó poco menos; acepto la condición y sólo pido al señor Gonzaga, se sirva fijarme el monto de sus honorarios.

Gonzaga extrajo de su cartera un papelito que presentó á Octavio; éste lo leyó para sí:

—¡Oh, no! exclamó luego con visibles muestras de desagrado; no, amigo Gonzaga; anda usted mal en materia de aranceles; ¿dónde se ha visto que un corredor cobre el 10 por ciento sobre el importe de las ventas? es decir, que entre los gastos del viaje me considera usted, qué?....

—El pasaje, el alojamiento, la pérdida de diez días.

—El pasaje yo se lo obsequié á usted, si mal no recuerdo; alojamiento tuvo usted gratis en mi propia hacienda; pérdida de diez días, dice usted? ¿dónde están ellos? salió usted de aquí el lunes 20, llegó el miércoles 22; permaneció miércoles y jueves, empleó en su regreso viernes y sábado; total: seis días; ¿ya es diferencia, no?

Si Gonzaga se amoscó con esta reprimenda, supo disimularla á maravilla y se proponía replicar, cuando Nieber tomó la palabra, y en mal castellano dijo, poco más ó menos lo que sigue:

—No haya enojo, señores, no lo haya; yo, no recuerdo haber convenido con mis socios en que usted, señor Sicilia, pagara todos los honorarios; probablemente el señor Mota, es refiere solamente á Mr. Housting; mas ya que usted aceptó tan caballerosamente, yo fijo los honorarios del señor Gonzaga,—y se le quedó mirando con mirada imperiosa,—

en \$18,000; el 3 por ciento; dieciocho mil pesos dije, y es mucho; serán doce mil ¿aceptado, señor Gonzaga?

—Usted lo dispone, aceptado.

—¿Conforme, señor Sicilia?

—Conforme, doce mil pesos que reducirán ustedes del monto que tienen que entregarme.

—Ahora para celebrar el suceso, que nos traigan champagne, ordenó Nieber á Gonzaga.

Gonzaga llamó; dió sus órdenes y se destapó el espumoso y cristallino licor.

Octavio, disimuladamente vió la hora; el reloj marcaba cinco minutos antes de las siete. Había tiempo.

Se concluyó la primera botella, y se brindó por la prosperidad de Octavio, por el auge de la razón social, por el encumbramiento de Gonzaga (que entre parentesis, era amigo de todo el mundo y ocupaba una elevada posición política); se brindó por unos y los otros.

Y vino la segunda botella y Octavio, siempre pundonoroso, obsequió la tercera.

Se habló de política, de localismo, de comercio, de mujeres, de diversiones, de todo. A Octavio se le estaba subiendo el alcohol á la cabeza.

Eran las ocho.

Octavio tuvo una idea que le pareció feliz. El vino hace olvidadizas á las gentes.

—Señores: me es tan grata su compañía, que yo me permito invitar á todos á cenar.

—Agradezco el obsequio, dijo Nieber, me esperan en la casa, tengo forzosa necesidad de llevar á la señora al teatro.

—A mí también me espera la mía; porque han de saber ustedes que yo soy casado.

—Sí, ya lo sé, replicó Gonzaga, y con una mujer bellísima.

Los ojos de la Mota cintilaron con repugnante brillo.

—Recién casado, señores, cuatro meses tan sólo; pero una cana al aire, está permitida á un hombre modelo de maridos, como yo.

—¿Y vino usted con su esposa? preguntó Mota.....

Nieber, más delicado quizás ó cuando menos más caballero que sus colegas, se despidió de todos.

Los comensales se sentaron á la mesa.

La cena concluyó cerca de media noche y los comensales pasaron al cuarto de fumar para tomar el té.

En esos momentos asomó la cabeza un mozo, que con voz sonora y rutinaria, dijo:

—La banca está á remate, tiene cincuenta mil pesos.

—Señores,—exclamó Gonzaga;— con su permiso, voy á dar unos cuantos golpes al baccarat; tengo para mí como un dogma, que, cuando ceno bien y contento como ahora, la suerte me sonríe; ¿quién de ustedes quiere acompañarme?

Acto continuo se levantaron todos y atravesaron los diversos salones.

—La banca está á remate—cincuenta mil.... repitió la voz del pregonero.

—Sesenta mil, replicó otra.

—Sesenta mil, exclamó Housting..... y Housting se quedó con ella.

Acomodóse en el asiento acostumbrado para el banquero en tales casos, y los demás en los sitios que la oportunidad les deparó.

Octavio sacó un fajo de billetes de banco, que sumarían aproximadamente cinco ó seis mil pesos.

En tres países que dió había adquirido cuatro mil pesos.

—Estoy de suerte—dijo par sí; á la suerte no hay que desairarla.

El alcohol hacía aún sus efectos en su cabeza.

Siguió jugando con alternativas; á la una de la mañana llevaba perdidos dos mil pesos.

—Vamos, se dijo, recuperaremos esta insignificancia, y puso diez mil pesos sobre el tapete..... Los perdió.

Puso veinte mil; la suerte le fué también adversa.

—Demonio, pensó; la diversión me cuesta un pico; quién dijo miedo....!

—¿Cuánto tendrá la banca?—preguntó al vecino que tenía al lado.

—Cien mil y tantos pesos.

—Mr. Housting; ¿me abre usted crédito por ciento cincuenta mil pesos?

—Abierto, señor Sicilia; Mr. Mota, lleve usted cuenta al señor, del préstamo, para abonárselo ó cargárselo en la operación de mañana.

Corrieron las cartas; Octavio apostó ciento cincuenta mil pesos de un golpe; un murmullo de asombro celebró su proeza.

—Doy, dijo Housting.

—No, exclamó Octavio.

.....

—Seis.

—Siete.

Llovieron felicitaciones sobre Octavio; el golpe había sido formidable; Housting se levantó de mal humor y por un momento todo fué espectación y sorpresa.

—La banca es mía, dijo Sicilia; tiene ciento cincuenta mil pesos.

Housting, Mota y Gonzaga procuraron acomodarse en asientos contiguos; Gonzaga tenía además el suyo junto á Octavio, el banquero.

Mientras tanto, Carolina sufría indeciblemente. Pudo, á más no poder, esperar con relativa calma hasta las 8; mas como á esas horas no pareciera su marido, empezó á entrar en inquietud. Abrió las vidrieras del balcón, más que con el ánimo de distraerse, con la ilusión vana de creer que de esa manera se aproximaría el deseado momento de ver desfilar á su querido Octavio. En el balcón permaneció inmóvil y quieta cerca de media hora; cada carruaje que desembocando por la esquina, se acercaba, le hacía renacer un vivo destello de esperanza; pero el carruaje proseguía su camino sin detenerse, llevándose consigo las esperanzas inquietas de la pobre mujer.

Sonaron las diez, las once y las doce, y cada hora que transcurría, excitaba más sus tremendas agitaciones.



A las doce no pudo contenerse; empezó á recorrer las habitaciones, enjugándose de vez en cuando las pupilas.

Se arrodilló á rezar, rezó con fe, con exaltada fe del que teme un peligro y recurre á la oración para evitarlo, y aun cuando su imaginación se distraía, preocupada, pudo adquirir dominio sobre sus nervios y elevar sus preces con unción verdadera.

¿Qué lentitud la de las horas! ¿qué noche tan larga y tan terrible!

Nunca, jamás, desde que era esposa de Octavio, había éste llegado á su casa después de las nueve de la noche; siempre con ella, al lado de ella; pasaban juntos las veladas, leyendo, platicando, experimentando las sensaciones del amor puro, casto é ideal, y ahora que por primera vez se veía en situación tan anormal, parecía ser presa de una pesadilla, de una demencia, de un trastorno de su cerebro.

Abrió desmesuradamente los ojos, para cerciorarse de que se hallaba en un cuarto que no era el suyo propio, el de su calentado de amor; palpó todos los objetos para convencerse que no eran los de su absoluta propiedad; palpó las maletas de viaje para adquirir la certidumbre de la realidad espantosa y hecha un mar de lágrimas, presa de la desesperación y la agonía, se acurrucó medrosa y tímida en una sillita diminuta colocada al pie de la cama.

Octavio era muy confiado; ni siquiera se fijó en que Gonzaga se hallaba al lado suyo, y á continuación de Gonzaga, Mota y Housting.

Octavio era inexperto en achaques de juego; confiado é inexperto, no suponía que otros ojos que no fueran los suyos, estaban leyendo las cartas que le llegaban y que él descubría para sí inocentemente, con el objeto de hacer sus lícitos y azarosos cálculos.

¿Qué tenía Gonzaga, que no se desviaba su vista, si bien disimuladamente, del punto objetivo de las miradas de Octavio? ¿Qué sucedía, que cuando Octavio decía—doy—ya Gonzaga sabía el punto exacto que sumaban las cartas del banquero?

Gonzaga apostaba insignificantes cantidades para no infundir sospecha alguna; y como fuese tarde, demasiado tarde, los demás jugadores, excepción de Octavio y nuestros tres conocidos, se despidieron, dejando entregado á la voracidad de esos lobos, al joven banquero.

Lo extraño, lo verdaderamente extraño fué, que Gonzaga, como un hábil prestidigitador, pasase á las manos de Housting por conducto de Mota, cierto número de naipes exactamente iguales á los que jugaban en la mesa; lo sorprendente fué, que Octavio, distraído en absoluto con el juego y un si es ó no es perturbado con los humos alcohólicos, no advirtiese que por hábil maniobra, desaparecían las cartas que él repartía y se tendían sobre el tapete, números siempre más altos que los suyos.

Así llevaba casi concluido el capital con que pusiera el monte.

Entretanto la servidumbre cabeceaba de pie y los vigilantes dormían á pierna suelta sobre los mullidos cojines que encuadraban el salón del juego.

Le tocaba recibir las cartas á Housting; puso Gonzaga cincuenta mil pesos, cien mil Mota, doscientos mil Housting; Housting recibió. Con inaudito desplante, el terceto mi-

serable hizo prestidigitación con ellas y antes que Octavio completase las suyas, se tendía el punto con un nueve.

—Un momento, exclamó Gonzaga; no sería malo firmar estos esqueletos en blanco, uno para cada uno de nosotros; concluido el juego y hecha la liquidación, se extenderán los pagarés por los deudores; formalidad es ésta, señor Sicilia, que en nada menoscaba su buen nombre, la hago general á todos y ninguno puede alegar preferencias indebidas. La ley es igual.

Se procedió de acuerdo con esta propuesta y Gonzaga, con aparente solemnidad, prosiguió:—Por lo pronto queda cargada á usted en su libreta la cantidad de trescientos mil pesos; yo me encargaré después con los señores para simplificar la tarea, por lo que respecta á mi parte.

En el segundo, tercero y cuarto golpes, los tres puntos se dejaron perder una insignificancia.

El cuarto golpe correspondía nuevamente á Housting, al sajón filemático, que era el más apartado del grupo.

Golpe brutal, golpe tremendo, robo descarado.

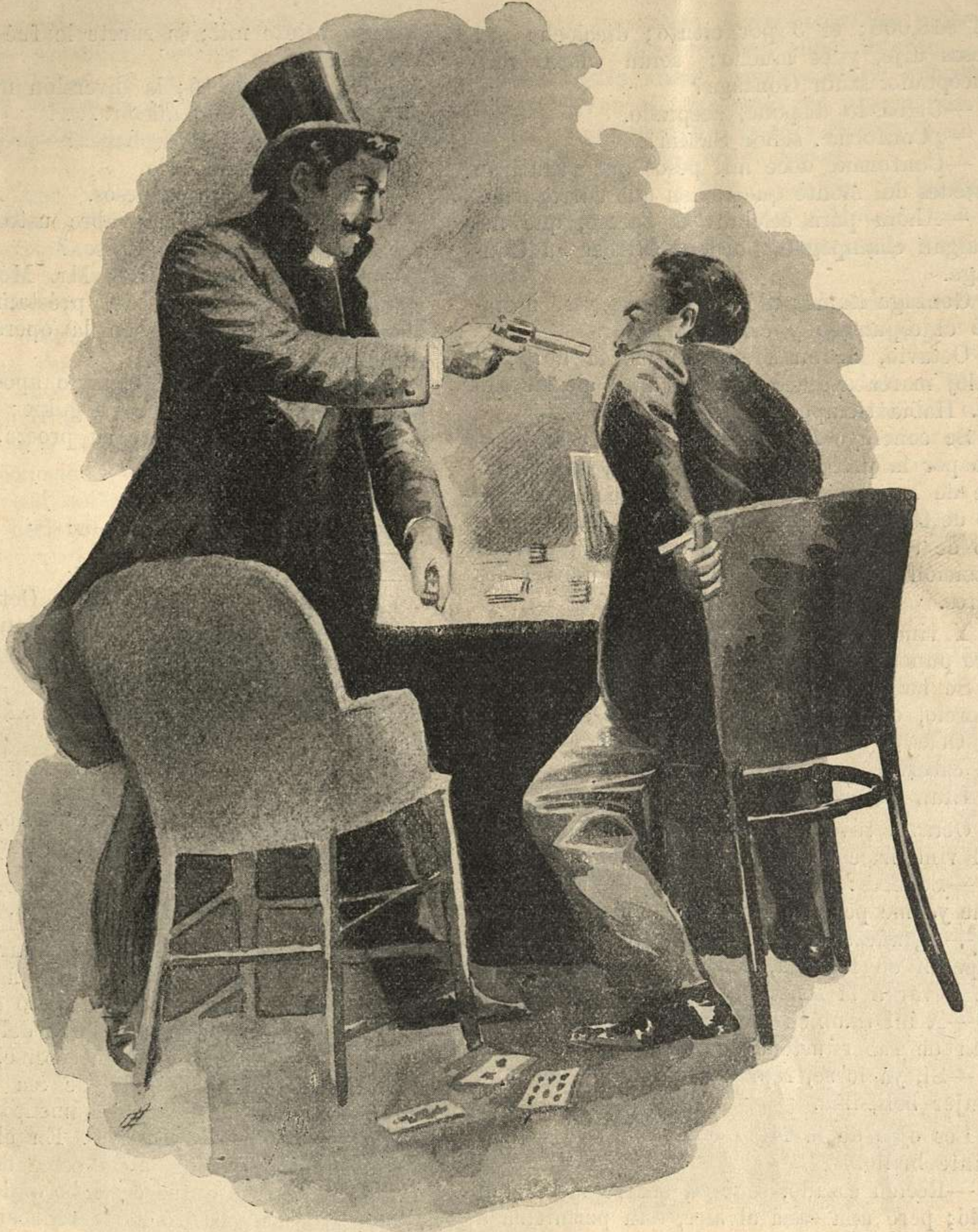
—Concluyamos, señores, dijo Octavio, ¿cuánto debo? y venga el papel para asentarlo.

Gonzaga extrajo de su bolsillo el papel famoso; pero, ó anduvo torpe ó anduvo desgraciado; al desenvolverlo, cayeron—acompañantes obsequiosos—unos cuantos naipes, que hicieron luz en el cerebro ofuscado de Octavio.

—¿Qué es esto? dijo Sicilia, levantándose bruscamente y dando un puñetazo en la mesa, que hizo rodar unos manojos de fichas verdes, ¿qué veo? ¿por qué aparecen esas cartas en el bolsillo del señor?... y encendiéndosele el rostro por la cólera hasta adquirir las tonalidades del granate, gritó, más que dijo: esto es un robo; son ustedes unos miserables.... son ustedes unos.... y su boca vomitó una injuria más grave aún.

Sobre su rostro descargó Gonzaga un bofetón; nunca lo hubiese hecho, porque Octavio, con una pasmosa rapidez, con la rapidez inusitada del que siente la afrenta y se revuelve contra ella, sin dar tiempo á Gonzaga para prepararse á la reacción, empuñó su pistola, la amartilló violentamente y más violentamente aún, vació sus tiros sobre el cuerpo del miserable, que cayó pesadamente, revolcándose en su sangre maldita.

Enrique Torres Torija.



Concurso Fotográfico Nacional.

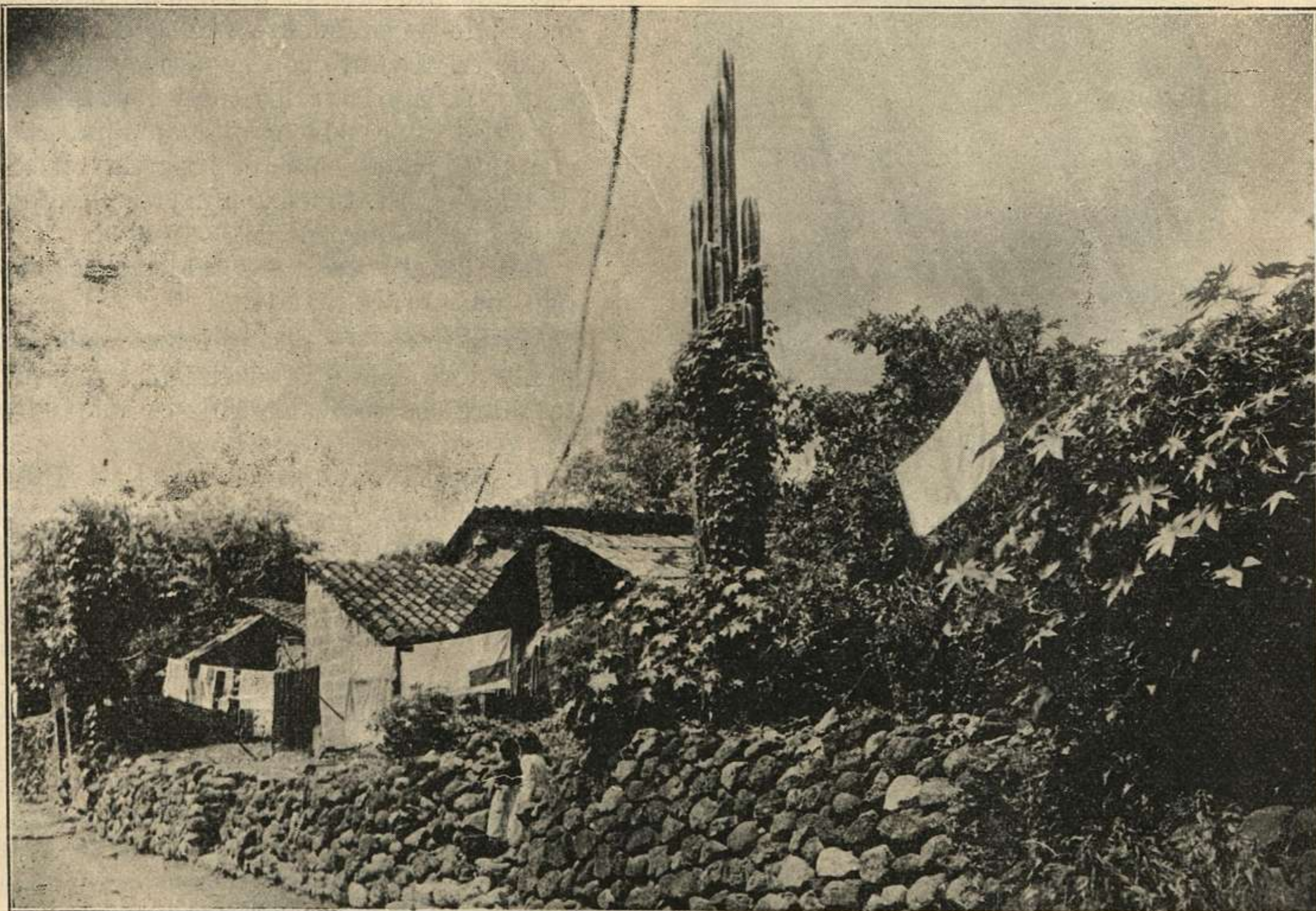
Continuamos dando cuenta á nuestros lectores del resultado obtenido en el Concurso Fotográfico Nacional abierto por los señores Labadié.

Los dos últimos grupos corresponden á las fotografías de Exteriores y de Tipos nacionales. En el primero las recompensas fueron otorgadas así: Primer premio, el Sr. Salvador



Tipos nacionales.—1er. premio, Sr. Manuel Ramos.

L. Gutiérrez, por su fotografía "Alrededores de Cuernavaca," en la que se consideró una buena elección, buen alumbrado y buen cielo con nubes, exposición en tiempo y buen desarrollo con buen foco.



CONCURSO FOTOGRAFICO.—Exteriores. 1er. premio Sr. Salvador L. Gutiérrez.



Tipos nacionales.--2o. premio Sra. Carmen Gil de Carrasco.

Fué otorgado el segundo premio al Sr. Manuel Ramos (fotógrafo de "El Mundo Ilustrado"), que presentó una impresión de la



Tipos nacionales.--Mención honorífica, Sr. Carlos Tovar y Salas

tromba del 2 de Octubre de 1901, tomada desde el tercer cuerpo del edificio de "El Imparcial," á las cinco y cuarenta y cinco minutos de la tarde del día citado. Para otorgar este

premio se tuvo en cuenta la oportunidad, el regular foco y el buen desarrollo, teniendo en cuenta el estado atmosférico.

La mención honorífica fué ganada por el Sr. Benjamín Gómez Gallardo de Guadalajara, y se tuvo en cuenta el artístico conjunto, una regular exposición, y un mediano desarrollo.

En el tercer grupo los premios fueron distribuidos de la siguiente manera:

Primer premio el Sr. Manuel Ramos, por una instantánea que representa á un rural montado, en los momentos en que se le encabrita la cabalgadura. Se otorgó este premio, teniendo en consideración que el fotógrafo venció todas las dificultades que presenta esta clase de trabajos, y además, por estar en foco la figura y medianamente en tiempo.

La Sra. Carmen Gil de Carrasco obtuvo el segundo premio por su impresión de un grupo de "tlachiqueros" de la hacienda de Telapasco.

Para este premio se consideraron la buena colocación y la variedad en las posiciones, estando en foco y en tiempo y bien desarrollada.

El Sr. Carlos Tovar y Salas obtuvo la mención honorífica, correspondiente por su "China poblana," que está bien afocada, tiene regular desarrollo y está en tiempo.

Se presentó además, y obtuvo una mención honorífica especial, una fotografía múltiple, presentada por el Sr. Alejandro León; en ella se consideró una buena exposición y una labor artística.

Esta fotografía la publicará "El Mundo Ilustrado" en su edición próxima.



Exteriores.--2o. premio, Sr. Manuel Ramos.



Exteriores.--Mención honorífica, Sr. Benjamín Gómez Gallardo.

GENIO.

Cruzó por el Arcola majestuoso,
Y estremecido de placer dió un grito,
Aquel titán de pecho de granito
Que fué entre genios el primer coloso.

Coronó las Pirámides ansioso
De ver su nombre por la Gloria escrito,
Y levantó su voz al infinito
En medio de un ejéncito grandioso.

Y en el orgasmo de un poder impuro
Venció á los reyes, destrozó naciones,
Y absorto en los problemas del futuro,

Waterloo le ciñó la gran cadena
Que le ató con estrépito de alciones
En la roca inmortal de Santa Helena!

Justo Pastor Ríos.



**UN BUEN APETITO
UNA BUENA DIGESTIÓN
UN HÍGADO SANÓ
UN CEREBRO PODEROSO
Y NERVIOS FUERTES**

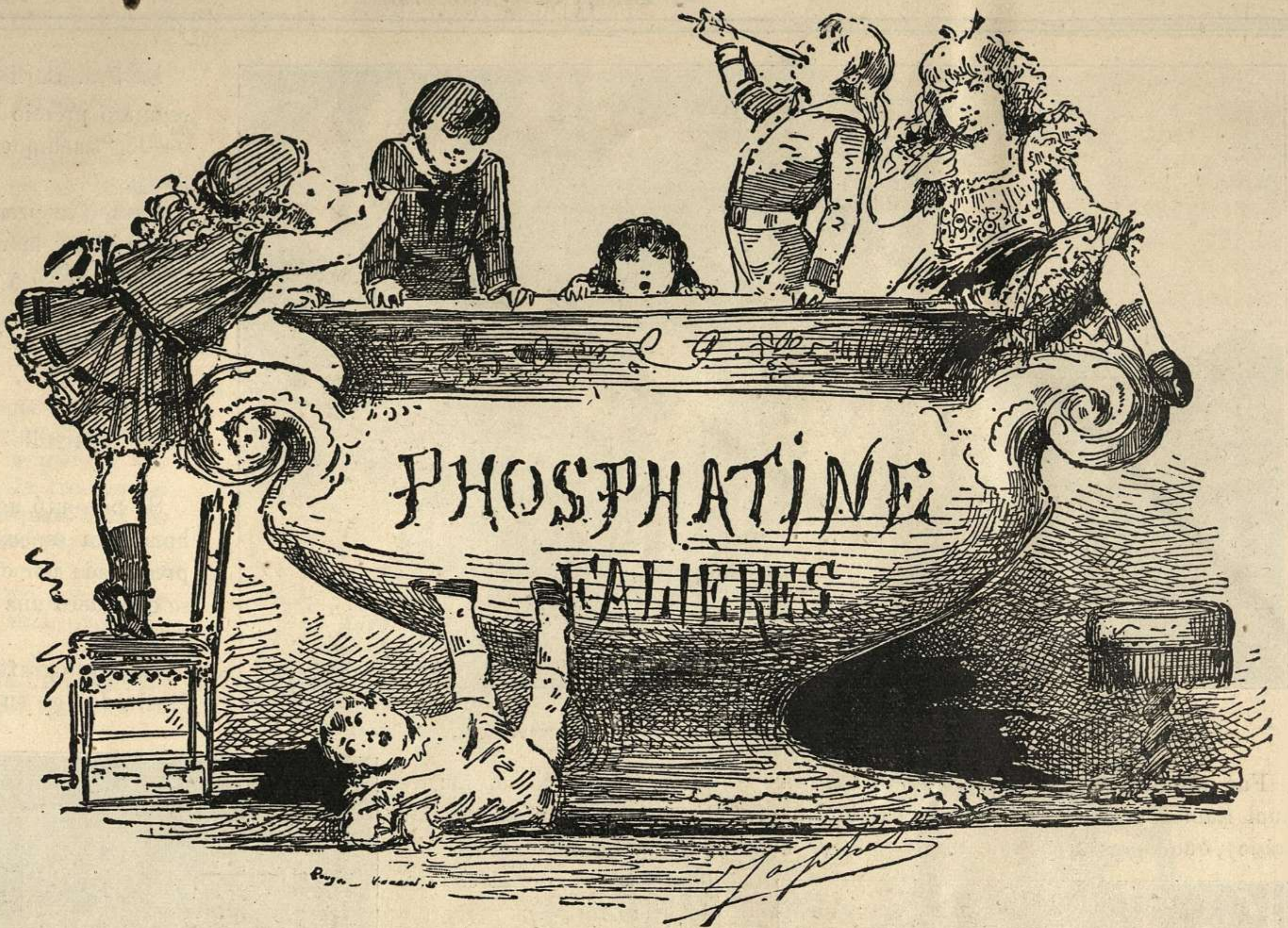
Mejores son estos que las grandes riquezas, y podeis obtener estos beneficios por el precio de una botella de Zarzaparrilla del Dr. Ayer, y un pomito de Pildoras del Dr. Ayer. Son las dos medicinas más eficaces que podeis comprar.

Si vuestro apetito fuese escaso, vuestra digestión tardía ó incompleta y os sintieseis nervioso y falto de fuerzas, deberiais tomar la

Zarzaparrilla del Dr. Ayer

Expele todas las impurezas de la sangre viciada, la enriquece y la pone roja y da á los nervios fuerza y vigor. Podeis hallaros un poco enfermo ó enfermo de gravedad; podeis ser joven ó viejo; rico ó pobre, no importa como os encontréis ó sintais desde el momento en que la Zarzaparrilla del Dr. Ayer devuelve la salud á todo el mundo.

Preparada por el
Dr. J. C. Ayer & Ca., Lowell, Mass., E.U.A.



LA "FOSFATINA FALIERES" es el alimento más grande y el más recomendado para los niños desde la edad de seis á siete meses, y particularmente en el momento del destete y durante el período del crecimiento. Facilita mucho la dentición; asegura la buena formación de los huesos; previene y neutraliza los defectos que suelen presentarse al crecer, é impide la diarrea que es tan frecuente en los niños. —PARIS 6. AVENUE VICTORIA, Y EN TODAS LAS FARMACIAS.

SAINT-RAPHAEL

Vino fortificante, digestivo, tónico, reconstituyente, de sabor excelente, mas eficaz para las personas debilitadas que los ferruginosos y las quinas. Conservado por el método de M. Pasteur. Prescribese en las molestias del estómago, la clorosis, la anemia y las convalecencias; este vino se recomienda á las personas de edad, á las mujeres, jóvenes y á los niños.

AVISO MUY IMPORTANTE. — El único VINO auténtico de S. RAPHAEL, el solo que tiene el derecho de llamarse así, el solo que es legítimo y de que se hace mención en el formulario del Profesor BOUCHARDAT es el de M^{ra} CLEMENT y C^{ia}, de Valence (Drôme, Francia). — Cada Botella lleva la marca de la Unión de los Fabricantes y en el pescuezo un medallón anunciando el "CLETEAS".

Los demas son groseras y peligrosas falsificaciones.

Crema rosada "ADELINA PATTI."

Compuesta de sustancias tónicas y saludables, evita las arrugas, refresca el cutis y conserva la hermosura de la cara hasta la vejez, comunica un perfume delicioso, y con su uso diario, las señoras tienen la seguridad de conservar siempre los encantos de la belleza y la frescura de la juventud.

Tanto en Europa como en América, la usan las damas más aristocráticas.

DE VENTA EN DROGUERÍAS Y PERFUMERIAS

GOTA LICOR DEL D^o LAVILLE

Acción pronta y segura
en todos los periodos del acceso.

CLIN y COMAR, PARIS, y en todas las Farmacias.

REUMATISMOS

VINO NOURRY

Á la vez Depurativo y Fortificante

ANEMIA, LINFATISMO
ENFERMEDADES
del PECHO

Reemplaza con ventaja
el Aceite de Hígado
de Bacalao.

CLIN & COMAR — PARIS
Y EN LAS
FARMACIAS. 708

REUMATISMOS AGUDOS & CRÓNICOS

SOLUCIÓN CLIN

al Salicilato de Sosa

Única preparación eficaz,
de una pureza absoluta
y de sabor agradable.

CLIN y COMAR, PARIS
y en las Farmacias. 707

ASMA y CATARRO
Tratados por los CIGARRILLOS ESPIC.
ó el POLVO ESPIC.
Operaciones 10s. Reumas, Neuralgias.
En todas las buenas Farmacias.
Por mayor: 20, rue St-Lazare, Paris.
Pág. esta Firma sobre cada Cigarrillo.



EL FERROCARRIL DE VAPOR MAS CHICO DEL MUNDO.

Con local para veinte pasajeros.—Usa carbón como combustible. El gran atractivo y productor de dinero del Siglo XX. Locomotoras en tamaños especiales para plantaciones, Contratistas y Plantar Industriales. Pídanse catálogos é informes á MINIATURE RAILWAY CO., INCORP.

Cagney's Locomotive Works. Oficinas: 301 Broadway, New York, U. S. A. Inventores, Fabricantes y Exportadores de Ferrocarriles ligeros completos. Cable "MINRAILCO" LIEBER CODE.

EL NUEVO Y MARAVILLOSO LIMON AMERICANO.

El limón más grande del mundo, siempre en fruto, con fragantes azahares cáscara delgada y llenos de sabroso zumo. Plantas jóvenes y fuertes vendidas por 15 cents. Más grandes y ya en estado de dar fruto, 50 cents. 8 Rosales siempre florecientes, especialmente cultivados y adaptados para plantarse en las tierras cálidas de Mexico, Puerto Rico ó Cuba. Se mandaràn por 50 cents., francos de porte.

Viva la República, flores de un carmin oscuro.

La Novia, rosas blancas como la nieve.

La Madrina de la Novia, las mejores rosas de suave encarnado.

Estrella de Oro, color amarillo de oro.

Bola de Fuego, de un brillante escarlata.

William A. Richardson (Trepadora), amarillo naranja.

Maria Washington (Trepadora), florecillas blancas.

Estrella Trepadora (Trepadora), rojo oscuro.

Todas estas plantas trepadoras se conocen también con el nombre de Enredaderas. Mandaremos igualmente: 10 Claveles encarnados por 50 cents.—10 Bellisimos y distintos geranios por 50 cents.—10 Nuevas y distintas verbenas por 50 cents.—10 Chrysanthemus, premiados, por 50 cents.—6 Begonias florecientes por 50 cents.

Garantizamos dar satisfacción y que las plantas llegarán en buen estado. Pídanos nuestro Catálogo Ilustrado donde damos una descripción completa y pormenorizada y que es enteramente Grátis.

Dirijirse á SCHMIDT & BOTLEY, Springfield, Ohio, E. U. de A.

PARA EL HOGAR



Rincón de gabinete.

EL TRIUNFO DEL AMOR.

Su alma era como un paisaje áspero y sombrío, paisaje de rocas grises, crestas áridas, despeñaderos oscuros. Apenas raquíticos tallos de hierba y flores exáguas se asomaban tímidamente por los intersticios de las rocas. Toda la vida del paisaje convergía á un torrente de ondas amargas que pasaban sollozando, lamentándose, rugiendo imprecaciones y blasfemias.

De cuando en cuando, el torrente lanzaba hacia el cielo espumajos de ira. Pero, grito de furia ó sollozo, la voz del torrente no hablaba sino de injusticias, pelear y venganzas.

Un día por ese paisaje áspero, se extravió una abeja de alas rubias. Sobre la desesperante aridez de las rocas, ó en la margen del torrente, la pobre abeja estuvo á punto de morir, sedienta de rocío y de sol. Casi exámine ya, alcanzó á ver por la juntura de dos rocas algunas flores pálidas, y el escaso jugo de esas flores que para la abeja sibilunda, banquete de príncipes. Luego, más habituada á la obscuridad, la abeja fué de grieta en grieta, y en cada grieta de roca halló nuevas flores pálidas. Por último, al cabo de muchos días en una de esas grietas apareció como lágrima de oro en el borde de un párpado negro, una gota de miel. Al fluir de

la gota de miel cambió de espíritu el paisaje, que de sombrío y áspero se tornó en suave y luminoso. Una tras otra, muchas gotas de miel brotaron de un canal invisible, hasta formar sobre las rocas grises uno como hilo de llanto dulce y blando que bajaba á desaparecer en el



Tintero con adornos de hierro al rojo.

agua del torrente. Y desde entonces el torrente no imprecaba, ni solloza, ni muge: se desliza coronado de flores, cantando la canción del amor y el triunfo le la vida.

M. Díaz Rodríguez.



Secante con adornos de hierro al rojo.

LA VIRTUD.

En un valle riquísimo por sus hermosas flores un clavel dulce y pálido, sin galas ni colores, su vida melancólica en triste olvido vivió.

Pero al morir..... sus pétalos tornáronse olorosos, y las flores y el céfiro miraron silenciosos crecer fecundo el sándalo donde el clavel murió.

José Selgas.

Saludos y cumplidos.

Por el saludo puede conocerse á primera vista el grado de educación de una persona.

Ciertamente no hay un "Código" para los saludos; pero fácilmente la discreción y el buen sentido pueden formar un conjunto de reglas cuya observancia es más importante y quizá más útil de lo que generalmente se cree.

La cortesía, la afabilidad, el buen trato, son el mejor guía para portarse en sociedad, según las circunstancias aconsejen. Conducidos por él, no cabe duda de que se ha de proceder siempre con una gran corrección.

Si encontráis en la calle á un conocido apresuraos á saludarle sin aguardar que os salude él. Pero no siempre. Esta regla tiene una excepción inspirada en la discreción y la oportunidad. Si esa persona fuere acompañada, esperad á que ella os salude primero; podría servirle de contrariedad vuestro saludo, si no le agradara que sus acompañantes supiesen que os conocía.

Tratándose de una señora, el caso es más delicado. Jamás debe saludarse á una señora en la calle si ella no saludare antes. Podría convenirla no ser vista... Lo más prudente es fingir con naturalidad no haberla visto.

Que un hombre detenga á una señora en la calle ó en paseo para in-

formarse de su salud, etc., es una grosería imperdonable.

Un hombre fino debe aguardar siempre que la iniciativa parta de la señora.

Y, en fin, encontrándose á un "él" que acompaña á una "ella," bien sea á la última ó al primero, á quien se conozca, lo más discreto es pasar á su lado como si no se les conociera.

Revela la mejor educación en el hombre el descubrirse y conservar el sombrero en la mano al detenerse á hablar con una señora, hasta que ésta le indique que se cubra.

No devolver el saludo so pretexto de no conocer al que lo hace ó no recordar su fisonomía, es uno de los actos más groseros que pueden cometerse; y una impertinencia ó una estúpida fatuidad es devolverlo muy ligeramente ó con cierto aire de protección.

Parece ridículo, ó á lo menos peculiar, tratar del modo de "dar la mano." Hay, sin embargo, muchos que desconocen esta forma del saludo tal como la buena educación aconseja.

"Dar la mano" á personas á quienes no se conoce, sólo por el hecho de hallarlas en la misma visita, es lo mismo que pudiera hacer un pa-lurdo, sin la menor noción de la sociedad y el buen trato.

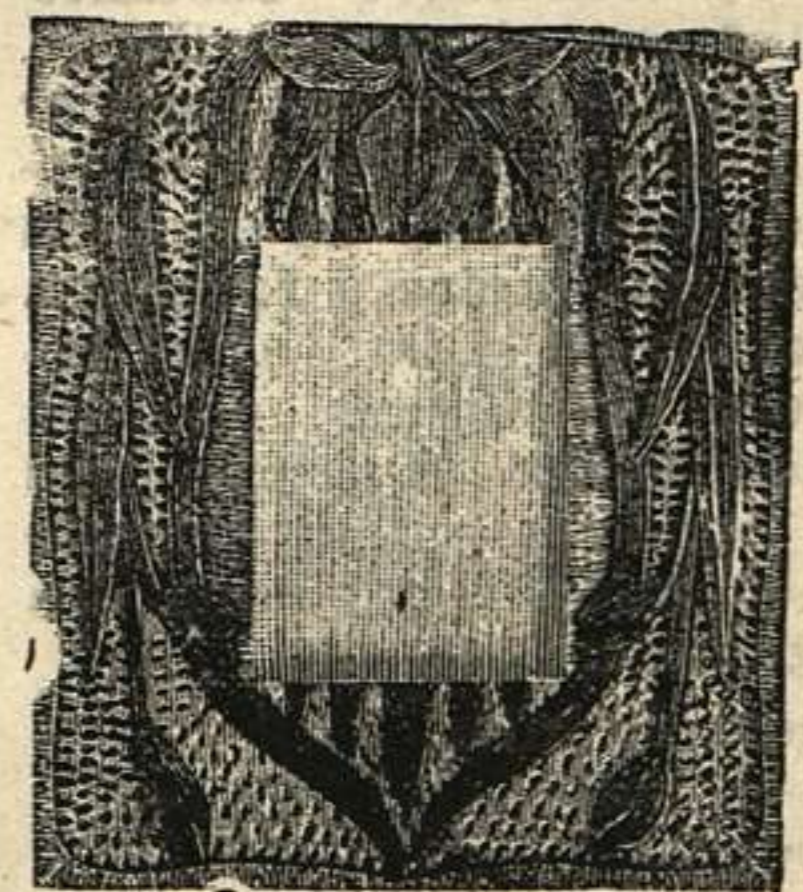


Porta-retratos con bordados.

¿Y qué diremos de los que la aprietan hasta descoyuntarla ó dejan impresas en los dedos las huellas de las sortijas? Si es a un hombre á quien así se saluda, revela una franqueza poco fina; si á una señora, habrá merecido en justicia el dictado de zafio y grosero.

En cambio—y esta costumbre es más frecuente en el sexo masculino—suelen algunos "dar la mano" con los dedos abiertos, como de mala gana, rozando apenas la mano que se le ofrece. Los extremos son viciosos. Esto último revela cierto desdén, que suele ser ofensivo; tan malo es pecar por exceso de franqueza como por falta de cortesía.

Y todavía hay quien exagera esta última costumbre, presentando, no



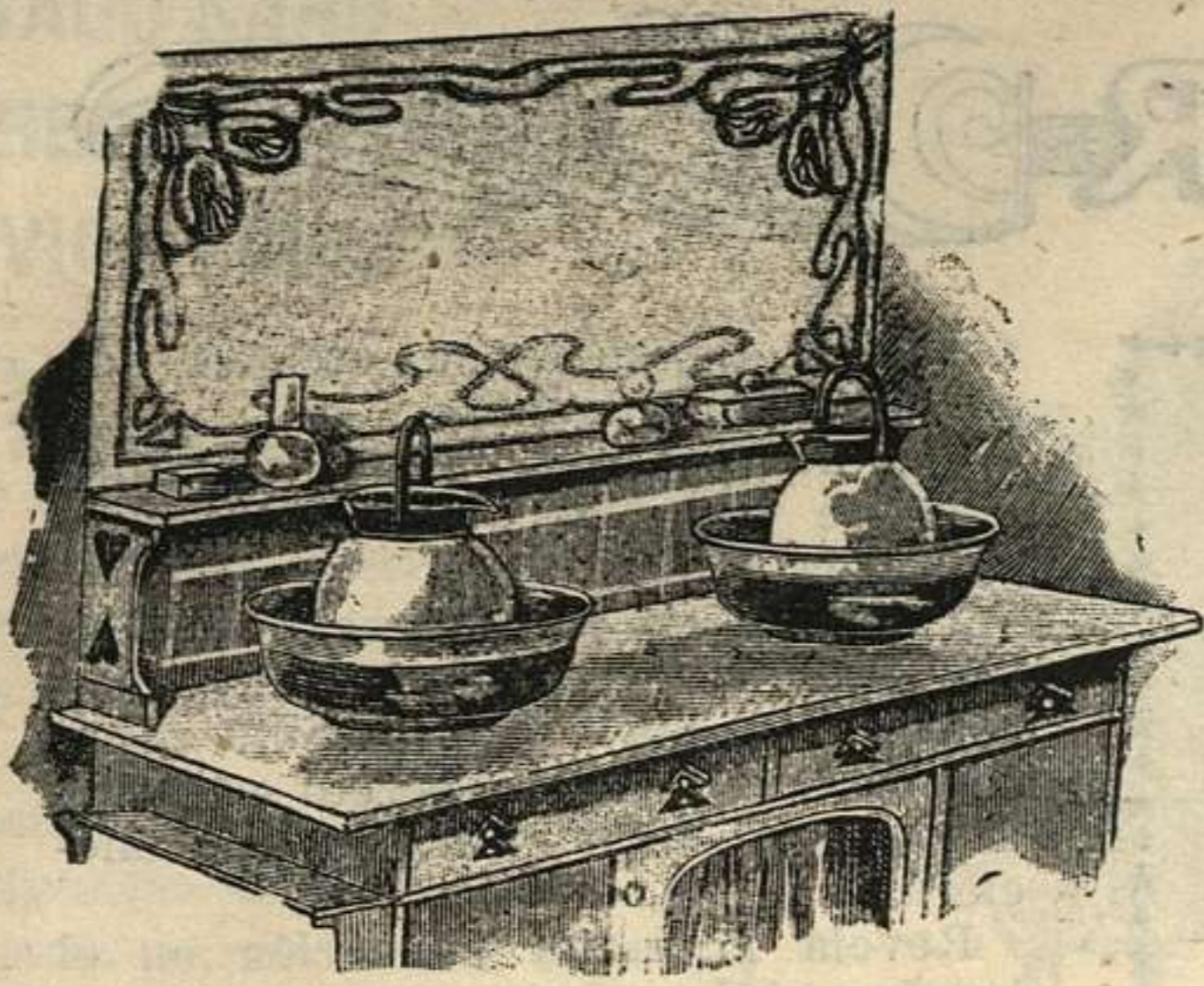
Porta-retratos con bordados.

ya la mano abierta, sino uno ó dos dedos á la persona que le tiende la mano. Esto, más que afectada y ridícula displicencia, revela un completo desconocimiento de la buena educación.

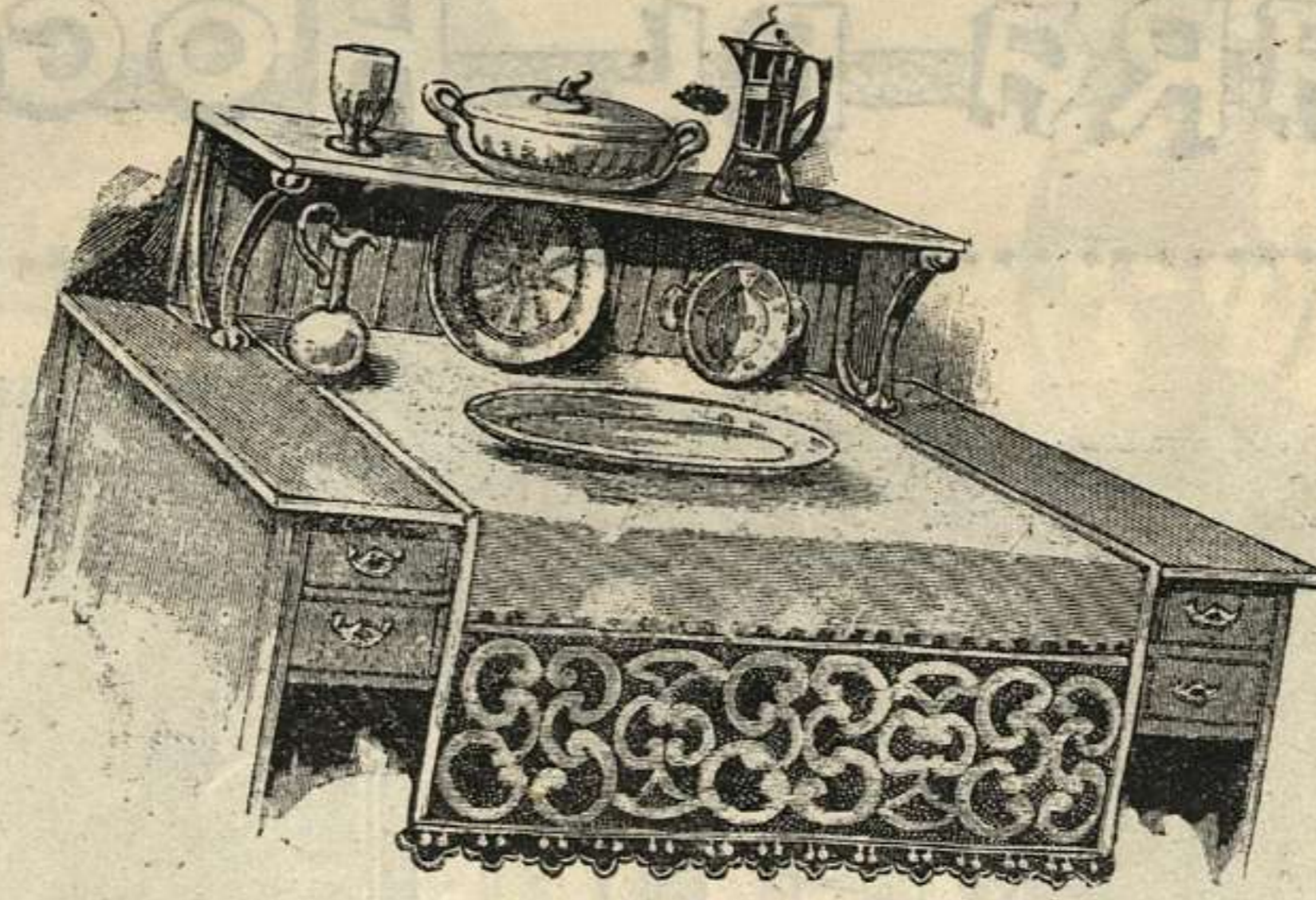
Si sucede entre personas de una misma clase, en quienes concurren circunstancias análogas en posición, etc., es una insolencia; si lo hace un inferior con un individuo de más alta categoría una estupidez; si éste quien lo verifica, un desprecio.



Pisa papel con adornos de hierro al rojo



Lavabo, último modelo.



Mueblecito para corredor.

En algunos países está permitido, y es un acto de la más delicada cortesía, besar la mano á las señoras; en otros, besarlas en la frente. Entre nosotros tal costumbre no ha tomado carta de naturaleza, por fortuna, por impedirlo... la naturaleza del país ó la de sus habitantes.

- Cognac.
- Agua de melisa.
- Agua de flor de naranjas.
- Agua sedativa.
- Agua de Colonia.
- Un tarro con éter.
- Harina y grano de lino.
- Sinapismos Rigollot ó Fortuny.
- Harina de mostaza.
- Té.
- Aceite de recino.
- Un tarro con miel.
- Cera.
- Ruibarbo en polvo.

La farmacia y la medicina DEL HOGAR.

Sin pretender nosotros en manera alguna aconsejar que la mujer de su casa proceda en determinados casos conforme á su voluntad, prescindiendo de la opinión facultativa, juzgamos que interesa á las familias poseer una pequeña boti-

Guisado de guijarros.

Con las huellas de la fatiga y el hambre impresas en los rostros tostados por el sol; mal cubiertos por

nos granos de sal para condimentarla.

Entre los oficiales había uno, Julio P..., que, acostumbrado á tener todo género de comodidades, no podía transijir con aquella insípida comida. Acompañado de un teniente llamado Carlos, su más íntimo amigo, recorrió uno por uno los jacales del rancho, en busca de algo más delicado y nutritivo. Ya desesperaba de encontrarlo, cuando llegó al más apartado que se levantaba al margen de un delgado arroyo de aguas cristalinas. Llegó hasta la abertura que servía de entrada y quedó agradablemente sorprendido de la magnífica provisión que allí se guardaba. Grandes sartas de chorizones pendían de unos "otates" colgados del techo, mientras en otros se columpiaban unas ricas tajadas de "cecina;" un gran huacal lleno de huevos frescos servía de pedestal á una esbelta columna formada con queso "frescal;" en fin, era aquella la despensa mejor surtida que pudiera encontrarse en muchas leguas á la redonda. Agua se les hizo la boca á nuestros dos amigos al pensar en la suculenta comida que con aquellos elementos podrían hacerse preparar. Una vieja que dormitaba cerca del fogón despertó sobresaltada y de un salto se puso en pie y se adelantó hacia sus mespenados visitantes.

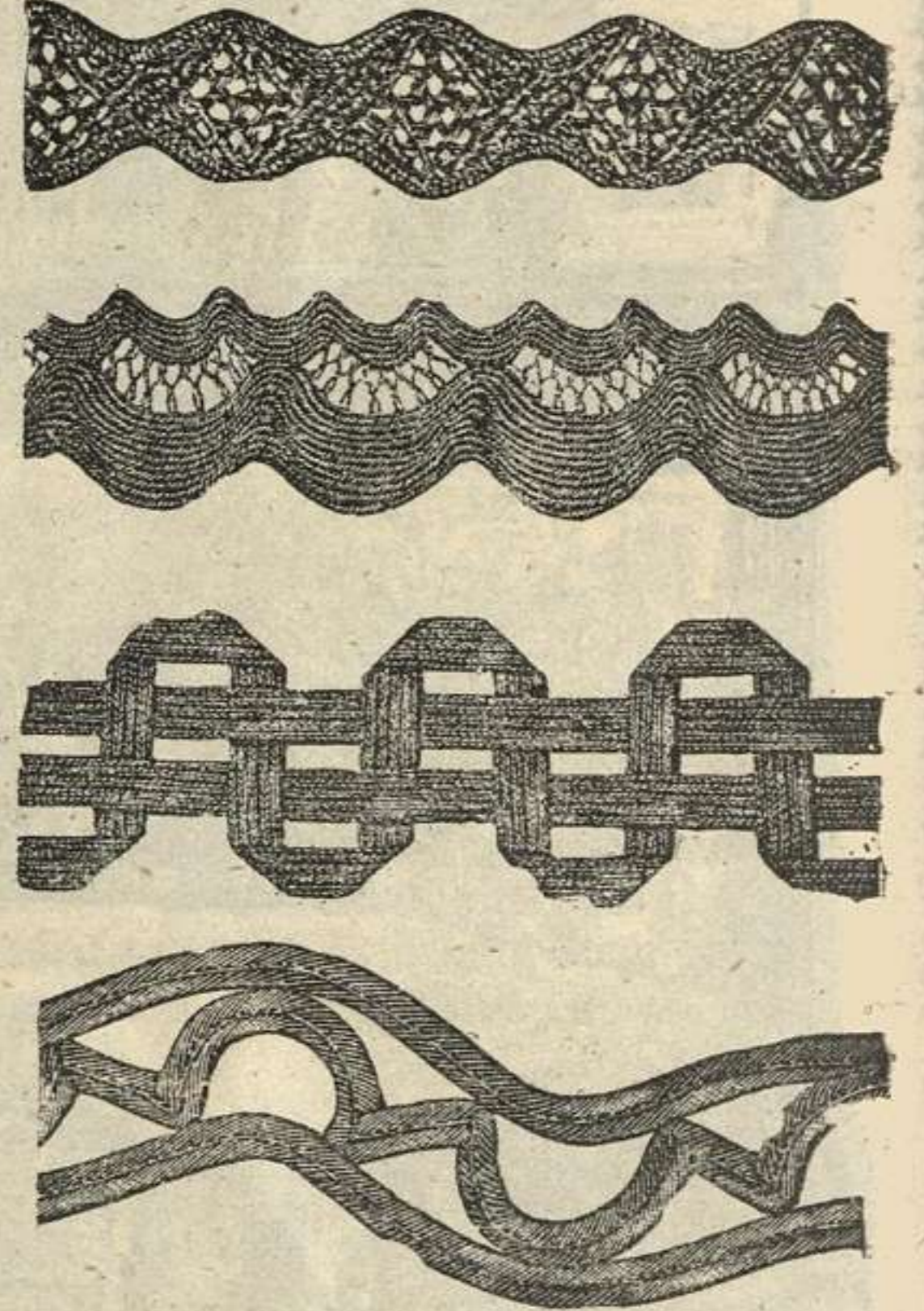
—Señora, le dijo Julio, ¿quiere usted prepararnos algo que comer?
 —No, "síñor," no puedo.
 —Le pagaremos á usted lo que guste.
 —No, "síñor," no puedo.
 —Bien; pero podrá usted vendernos algo de lo que tiene ahí. Un trozo de queso.

sados á comer guijarros, le dijo Carlos desanimado ya ante la inflexible determinación de aquella mujer.

—Sí, dijo Julio, desanimado también, pero de pronto sus ojos se animaron por la rápida luz de una idea y continuó con el mayor aplomo. Los guijarros son el platillo que más me agrada y se guisarlos de muchas maneras distintas; mira, allí en el arroyo hay algunos de los más finos, de los que saben mejor y se condimentan más fácilmente. Haremos un guisado de guijarros.

La mujer le escuchaba atónita. Nunca se había imaginado aquello. "Guisado de guijarros"... no, aquel prodigio no cabía en su rudo cerebro.

Carlos, por su parte, se alarmó seriamente. Creyó que Julio se había

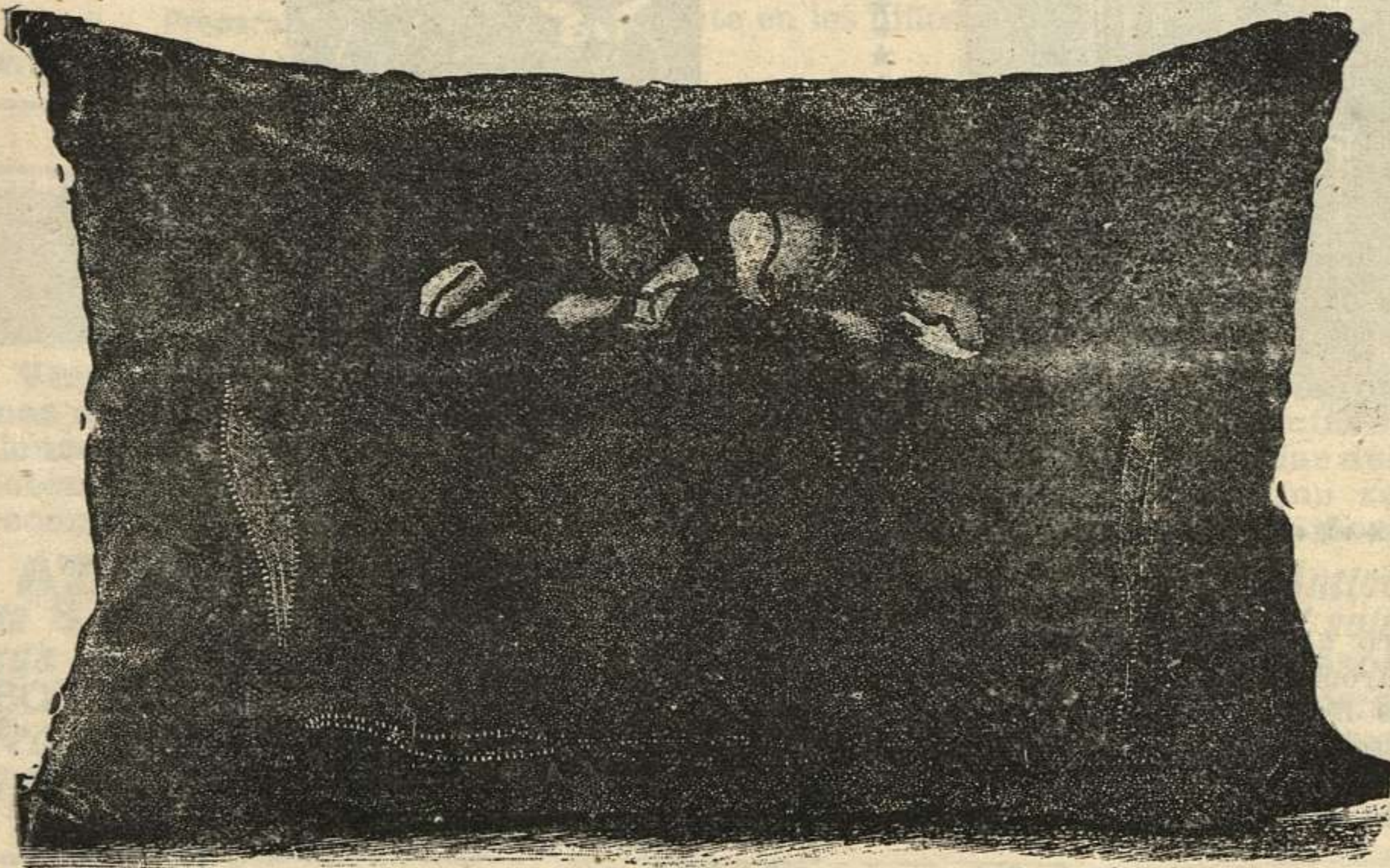


Modelos de adornos para lencería y trajes de diario.

vuelto loco, lo que no sería extraño, dada la debilidad que la falta de alimento y la fatiga le habían producido.

—¡Ah! añadió Julio después de unos momentos, ni eso podremos hacer, porque no tenemos los útiles necesarios. Se necesita una cazuela y... no la tenemos...

La curiosidad ha sido, es y será seguramente una cualidad ó defecto inherente á la mujer, así es que aquella pobre india, mujer al fin,



Cojín para sofá.

ca, en la que se encuentren reunidos ciertos objetos y medicinas de general aplicación.

Cuando sobreviene una enfermedad ó un accidente cualquiera, suele hacer falta proceder con urgencia, y más aún, si la familia vive en el campo y transcurre bastante tiempo antes que el médico llegue. De igual manera importa conocer en pequeña escala, al menos, el vocabulario de medicina, y de aquí las indicaciones que vamos á formular.

La formación de la botica del hogar no ofrece dificultades, pues se reduce, adoptando el medio más sencillo, á encerrar en un armario con las necesarias divisiones, los objetos siguientes:

- Un paquete de hilas.
- Algodón en rama.
- Una esponja.
- Diversos trapos de hilo, usados para compresas.
- Un trozo de lienzo encerado.
- Muselina clara para cataplasmas.
- Tafetán inglés.
- Cerato.
- Un tarro con aceite de oliva.
- Un tarro con aceite de almendras dulces.
- Un lápiz de nitrato de plata, ó sea "piedra infernal".
- Alumbre en polvo y en pedazos.
- Pomada alcanforada.
- Arnica.
- Amoniaco, ó álcali volátil.
- Alcanfor en polvo.
- Bálsamo tranquilo.

los desgarrados uniformes que entre sus girones dejaban ver los cuerpos enflaquecidos; brotando sangre de los pies delcalzos y destrozados que marcaban un rastro sangriento en las agudas piedras del camino, marchaba aquella tropa á reunirse con el grueso del ejército después de dar una batida á los indios rebeldes que asolaban aquella región. Las provisiones se habían agotado desde el día anterior y sólo un pensamiento flotaba sobre las frentes abatidas y empolvadas de aquellos hombres: comer.

Al fin devisaron entre las quebradas de la sierra una pequeña rancharía, una veintena de jacales coronados por negros penachos de humo, y en cuyo interior se dejaba oír el rítmico palmoteo de las mujeres que "tortilleaban" afanosas. El coronel mandó hacer alto y luego que se hubieron formado pabellones con las armas y á la voz de "Rompan filas," aquella famélica turba se dispersó en grupos, que ansiosos de encontrar algo que comer, tomaban por asalto las miserables chozas, apoderándose de grado ó por fuerza de las blancas tortillas que en canastas de mimbre depositaban aquellas mujeres conforme se cocían. Los jefes y oficiales no habían corrido mejor suerte que los soldados; así es que, mezclados entre ellos, devoraban aquella frugal comida, en que podía considerarse como un privilegiado de la fortuna el que lograba conseguir algu-



Cojín en raso acolchonado.

—No, "síñor." No están aquí los dueños y yo no puedo disponer de nada.

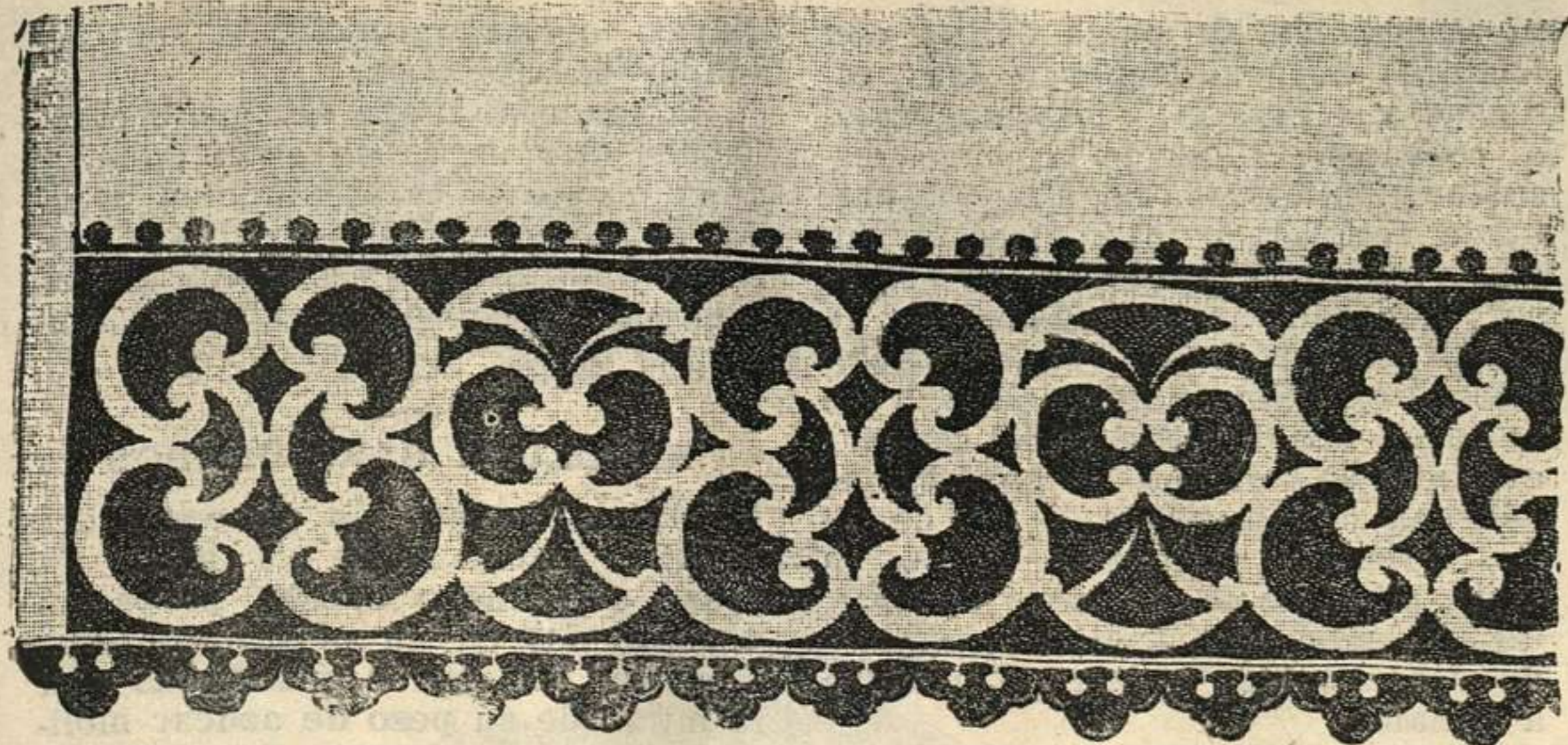
Tentado se vió Julio de penetrar y apoderarse de todo lo que quisiera, á viva fuerza; pero los sanos principios que sus padres le habían inculcado no le abandonaban jamás y le repugnaba la idea de cometer una acción violenta.

—Creo que hoy nos veremos preci-

sentía ya vehementes deseos de ver aquel extravagante guisado.

—Eso sí le podre prestar "pagresito," se aventuró á decir tímidamente. Y dando unos cuantos pasos dentro del jacal, tomó una cazuela que puso en manos de Julio.

—Ya así podremos hacer algo, dijo éste. Ahora tú, Carlos, corta algunas ramas secas y haz lumbre, mientras recojo algunos guijarros.



Elegante punta para visillo.

—Pero se tardarán mucho en encenderla, pasen, pasen ustedes; ahí está el fogón bien encendido.

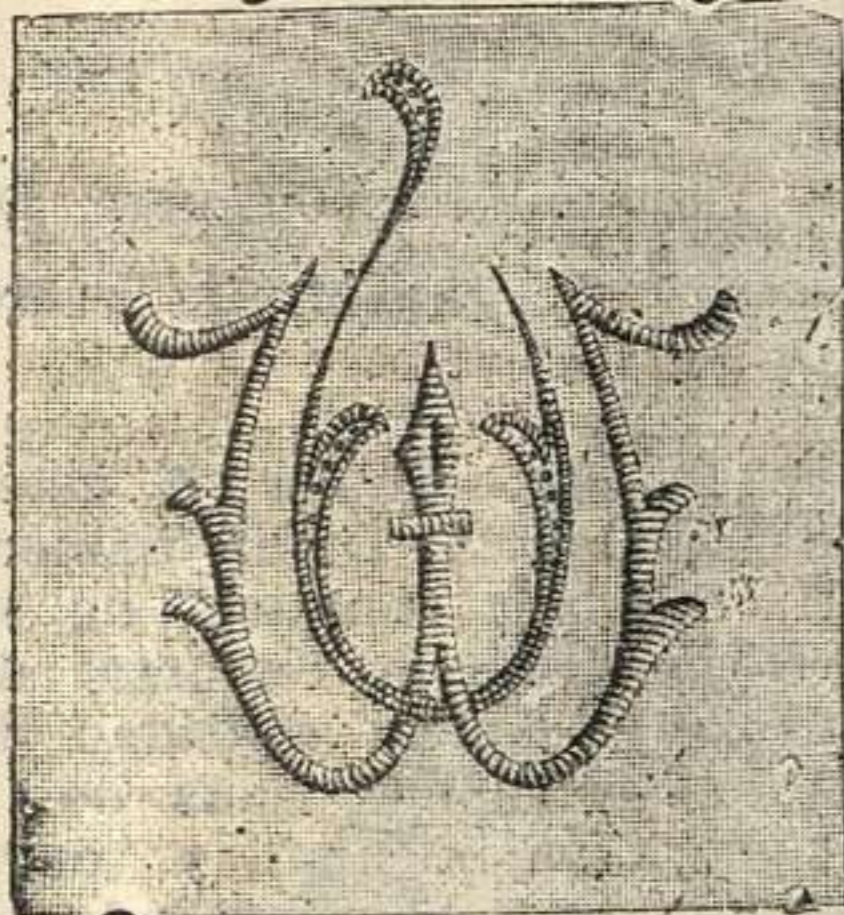
Julio se acercó al arroyo, recogió algunos guijarros y "matatenas" que enjuagó cuidadosamente y los colocó en la cazuela, luego entró en la choza y puso la cazuela en la lumbre. Carlos le miraba estupefacto, pero no se atrevía a contrariarlo por el temor de que aquello que él creía una monomanía de su amigo, se convertiría en locura furiosa. Julio entre tanto vigilaba la cocción (?) de las piedrecitas.

—Lástima de que no tengamos una poca de manteca. Si la tuviéramos, quedaría esto de chuparse los dedos.

—Les daré tantita, "pagre." Y diciendo y haciendo a cándida mujer, les dió una buena porción de manteca.

—No, no quieren hablandarse estos malditos guijarros. Sólo con algo de huevo se podría conseguir. Están tan duros, que nos va á ser muy difícil comerlos.

La india que seguía atentamente las maniobras de Julio, se dirigió al "huacal" donde guardaba los huevos frescos y tomando una docena de ellos, los entregó á Julio sin decir una palabra. Este los quebró y los echó en la cazuela tal como si hubiera hecho la mejor cocinera.



Monogramas para marcas.

Pidió luego ya con todo aplomo, un trozo de chorizón y un poco de queso y guisó todo, teniendo buen cuidado de dejar el centro del trasto libre de las piedras, formando con ellas una especie de corona alre-

dedor de la esquisita tortilla de huevos, que tan hábilmente se supo proporcionar.

Carlos, que comprendió el juego de su amigo, sonreía satisfecho...

Diez minutos más tarde no quedaba en la cazuela sino los guijarros, y los oficiales salían de aquella humilde choza satisfechos y contentos, dejando en la mano de la india una buena propina. La buena mujer les preguntó al verlos salir:



Detalle del cojín para sofá.

"¿Qué, no se come los guijarros, "pagre?"

—No, le respondió Julio, esos sólo sirven para dar sazón.

El clarín tocaba reunión, y todos los soldados se precipitaban hacia el campamento, tomando sus armas y su lugar, emprendiendo de nuevo su fatigosa marcha.

Todos habían comido, pero sólo Julio y Carlos habían tomado el exquisito "Guisado de guijarros."

R. A'ROMO.

Con nueva vida y encanto
Las mujeres que amé tanto
Y las dichas que perdí.

Fantástica procesión
Surgida de un cielo en calma,
Que es á los ojos del alma
La más hermosa visión.
Divina resurrección
Que sólo me hace gozar
En las horas del soñar....

¡Ay! mi suerte es la más dura:
¡Ver en sueños la ventura
Y tener que despertar!

De eternas flores cubiertos

EFIMERA.

Como suele una amapola
en la pradera galana
Al empezar la mañana
Abrir su virgen corola,

Así sentí en mi interior
Que sedienta de rocío,
Se abría del amor mío
La pura y cándida flor.

Y antes de que brisas suaves
sus hojas acariciaran,
Y antes de que la arrullaran
Con dulces trinos las aves,

La hirió temporal impío!
Y su vida no restaura,
Ni una caricia del aura,
Ni una gota de rocío....

BRISAS.

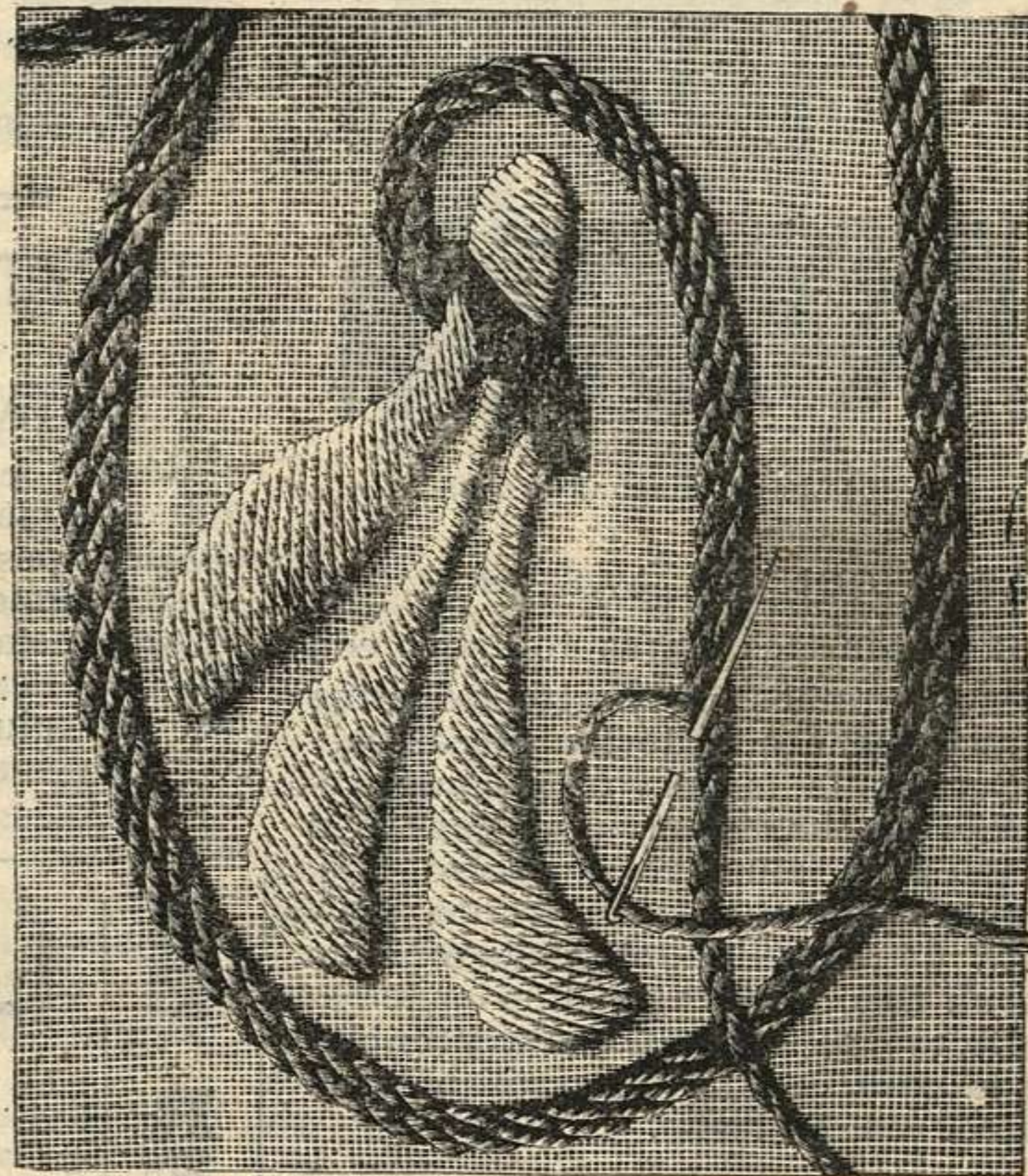
Brisas del valle nativo
Impregnadas de perfume,
Aquí donde me consume
La soledad en que vivo,
Haced arder fuego activo
En mi memoria y así,
Veré pasar ante mí

Sus mundos el sueño enseña;
¿Por qué, por qué no se sueña
Con los párpados abiertos?
Amores, amores muertos,
Os lloro en mi soledad,
Y si con loca ansiedad
Ir á donde estáis deseo,
Me asomo á la tumba y veo
Muy negra la eternidad.

Idas mis fuerzas están
Y navego por la vida,
Como una barca perdida
Que arrebató el huracán.
Espantosas furias van
Empujándome al abismo
Y con helado estoicismo
Sufro mucho y no me quejo:
Estoy tan viejo, tan viejo...
No me conozco á mí mismo

¡Brisas del nativo valle!
Que vuestro grato rumor
Los gemidos del dolor
En este desierto acalle.
Y si es dado que yo halle
Tregua en mi mala fortuna,
Si queda esperanza alguna
De aliviar mis penas más,
Suspirad, como en los días
En que aromabais mi cuna.

Así alcanzarán consuelo
Tanto duelo y tanta pena



Detalle del cojín para sofá.

Y me fingiré que canta
Mi madre que está en el cielo.
Después recobrad el vuelo
Un instante suspendido,
Y antes que Oriente, encendido
En llamaradas, estalle,
Regresaréis á mi valle
Y me dejaréis dormido.

JAVIER SANTA MARIA



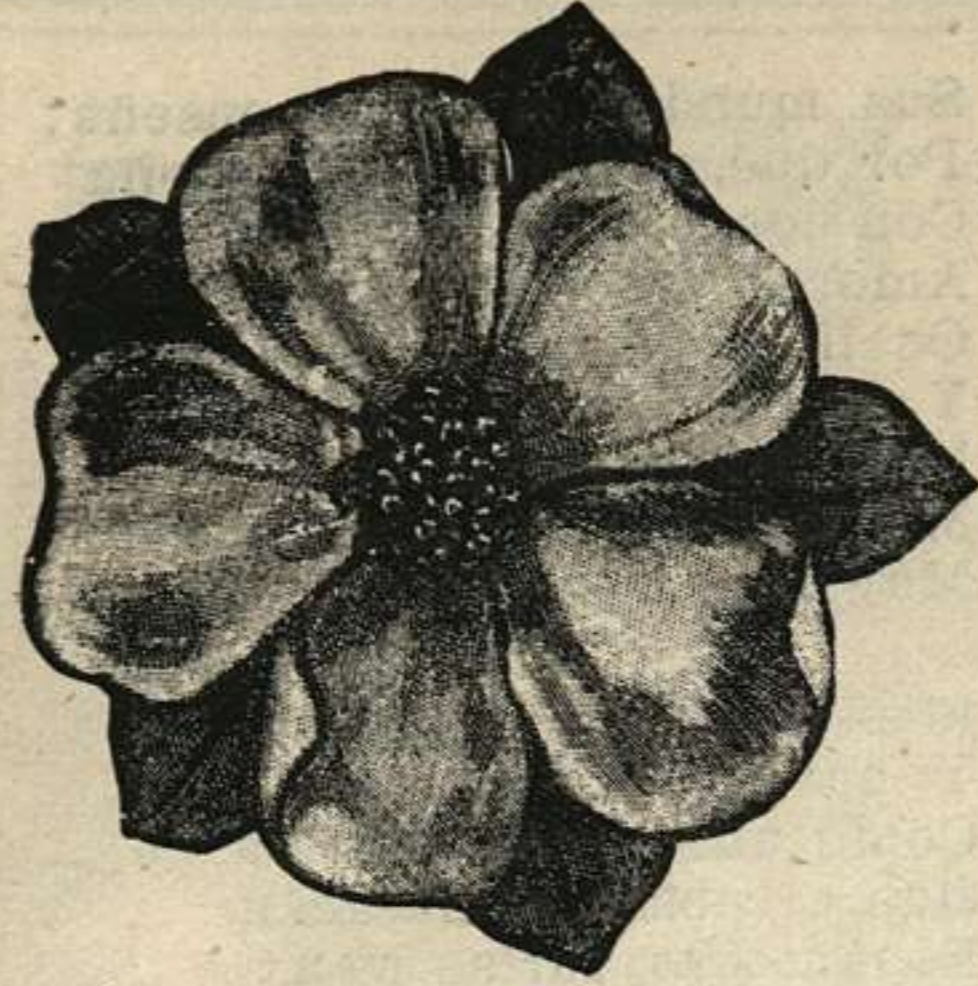
Monogramas para marcas.

CANTAR.

La infancia nos da sus lirios,
sus rosas la juventud....
¡Y sirven sólo esas flores
para ornar nuestro ataúd!



Sombreros para la estación.



Adorno de género para sombrero.

PERFUMERÍA.

AGUA DE TOCADOR

He aquí una receta, poco conocida, de un agua de tocador exquisita:

- Esencia de naranja, 4 gramos.
- Esencia de espliego, 15 gramos.
- Esencia de tomillo, 8 gramos.
- Esencia de rosas, 10 gotas.
- Esencia de limón, 30 gramos.
- Acido acético, 10 gramos.
- Tintura de ámbar gris, 10 gramos.
- Alcohol rectificado, 1 litro.

Mézclense las esencias con el alcohol, y después de algunas horas filtrese á fin de obtener un agua de tocador bien clara, agregándose entonces el ácido acético.



Punta para enaguas de niña.

PASTA CONTRA LAS ARRUGAS

Se baten tres claras de huevo con quince gramos de aceite de oliva y una cucharada de laurel cereza.

Cuando la mezcla está completamente hecha, se le agregan diez gramos de alumbre en polvo fino, y luego se extiende sobre una máscara de muselina colocada encima de un fogón con agua hirviendo.

Déjese espesar la pasta y cúbrase la cara con la máscara antes de entrar en el lecho.

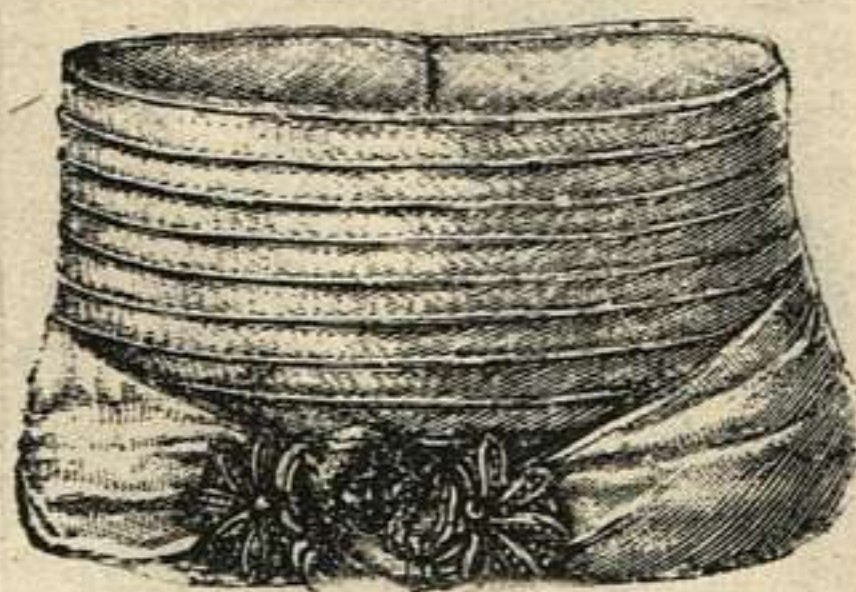
OTRA RECETA

Exprímense unas cebollas de lirio blanco, á fin de obtener 70 gramos de jugo; agréguese 70 gramos de miel de primera calidad y 40 de cera virgen fundida al baño de maría.

AGUA DE COLONIA

La buena se vende siempre cara, y así es que la que se da á bajo precio es preparada con alcoholes de granos, melazas ó féculas mal purificadas y con esencias comunes de tomillo, espliego y romero.

Fácilmente se conoce la barata, pues el olor es menos agradable que el de la buena agua de Colonia. Para hacer la experiencia se ponen



Cuello inglés.

en el hueco de la mano algunas gotas de aquella que se quiere conocer y se deja evaporar; pues se humedece con agua pura el lugar donde estuvo la esencia, y entonces queda un olor perfectamente libre de la influencia del alcohol. De esta manera es como puede apreciarse mejor la calidad del perfume.

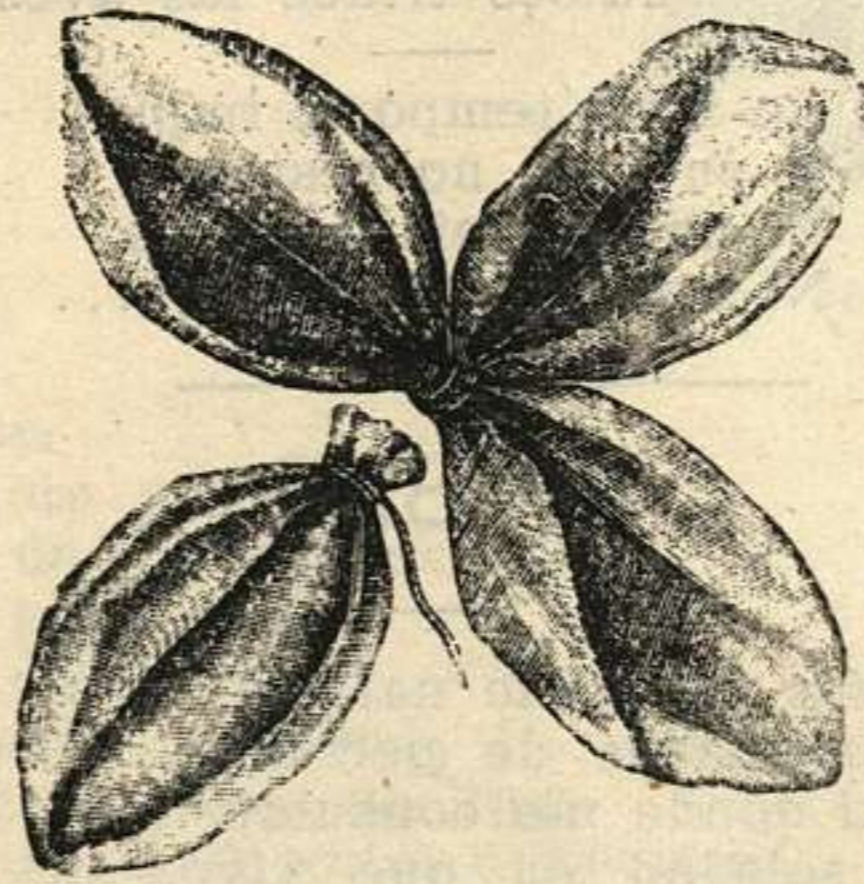
Para obtener un agua de Colonia que imite muy bien esa que se vende en las perfumerías de renombre,

es preciso que los ingredientes sean de primera calidad, recientemente preparados, y sobre todo, que el alcohol sea muy puro y de los grados requeridos.

Esta agua tan conocida puede hacerse de dos maneras:

- Semilla de anís, 32 gramos.
- Limón y clavos de especia, 8 gramos.
- Canela, 8 gramos.

Muélese en un mortero estos ingredientes, pónganse en infusión durante ocho días en un litro de aguar-



Adorno para sombrero

diente y añádasele después un poco más de un gramo de aceite de menta piperita y cuatro gramos de tintura de ámbar, pasándose luego el todo por un papel de filtro.

RECETAS DE COCINA.

TORTA DE ALBARICOQUES

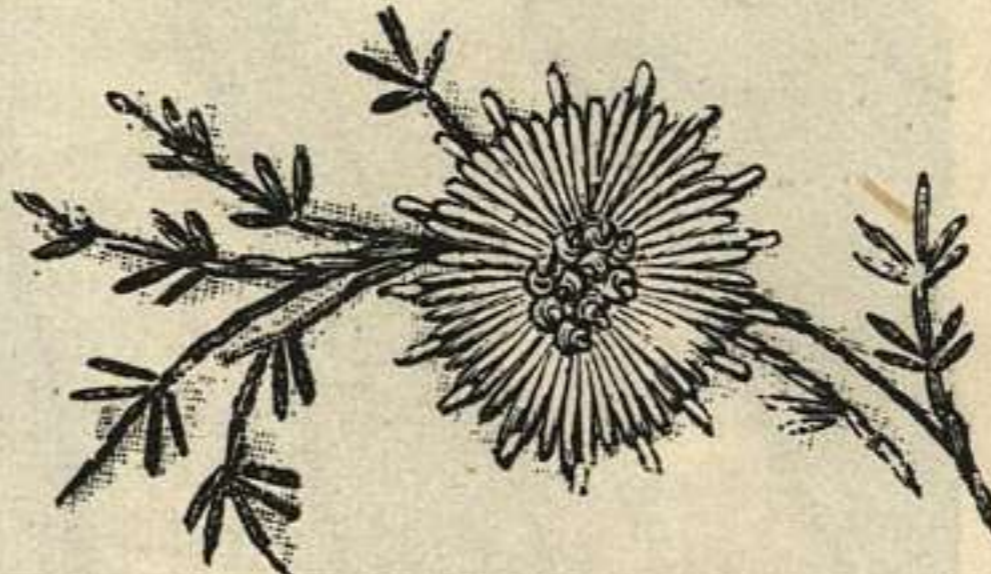
Hágase con el rodillo un redondel de hojaldre de medio centímetro de espesor, póngase encima, hasta veintisiete milímetros del borde, mermelada de albaricoques bien igualada, cuidando de humedecer con una pluma mojada en agua, la parte de pasta que queda descubier-

ta al redondel de pasta ó bien con banditas muy delgadas y muy estrechas y cruzadas; póngase luego al rededor, encima de la parte descubierta, una banda de la misma pasta de veinticinco milímetros de ancho y unos siete milímetros de espesor; las dos extremidades de la banda se sobrepondrán de unos veintidos á veintisiete milímetros, y se soldarán con la presión del pulgar; entonces se recortan los bordes y se adornan con la punta de un cuchillo, formando festones; dórese la torta, póngase en el horno caliente, désele lustre con azúcar fina, antes de cocerla, si se quiere, ó después á la llama.

Háganse del mismo modo todas las tartas de frutas ó de crema de pasteleros.

REPOLLOS AL CARAMELO

Espolvoreese con un poco de harina el torno de pasta, échese una cucharada de pasta real y un poco de harina, extiendase esta pasta con la mano y córtese en pedazos de siete centímetros de largo por doce de ancho; á medida que se confeccionen los pedazos, pónganse sobre una hoja expolvoreada con harina, dejando entre ellos una distancia conveniente; pónganse en



Adorno para sombrero.

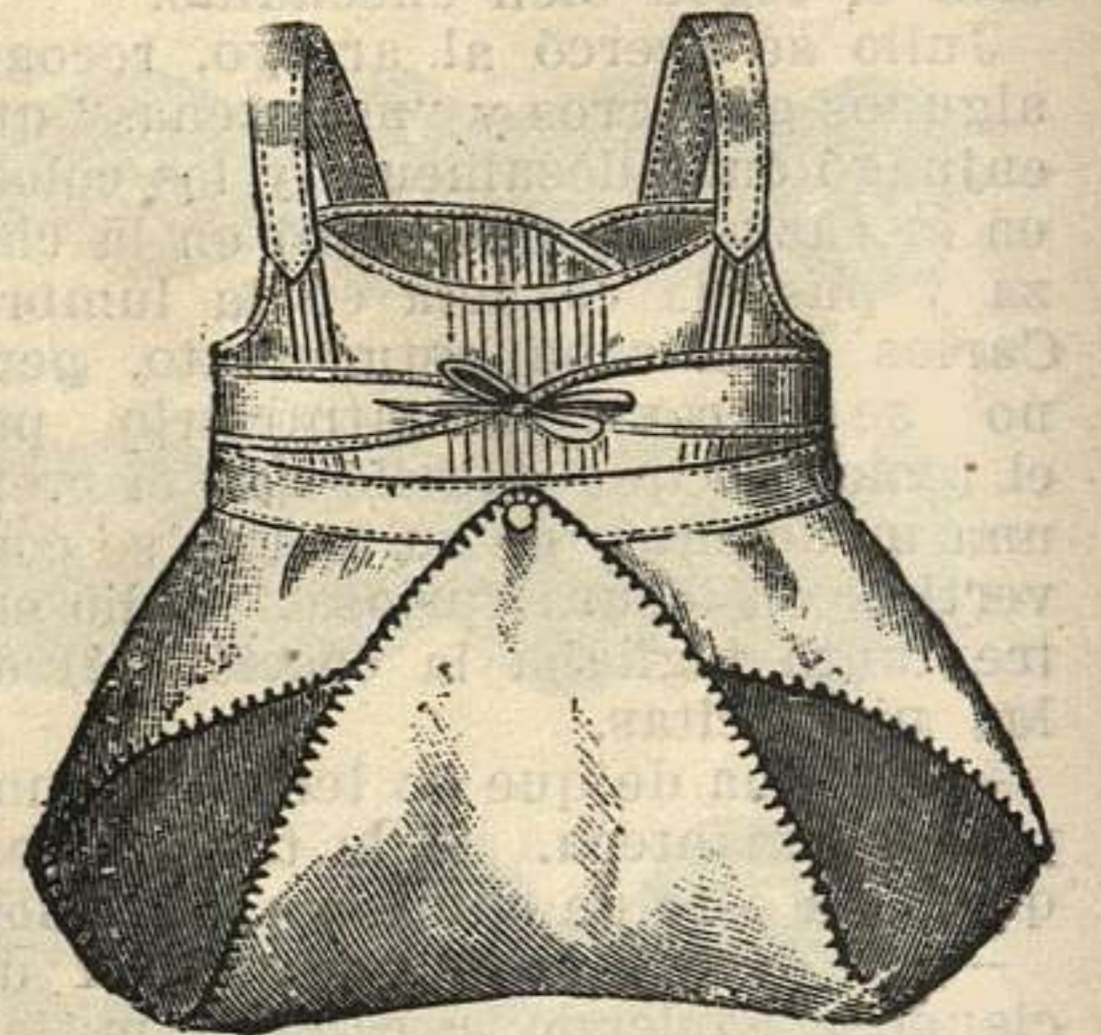
el horno veinte minutos después del calor primitivo, es decir, cuando se saca generalmente el hojaldre; después de la cocción, sáquense, hágaseles una raja á lo largo con un cuchillo é introdúzcase

dentro crema, grosella ó mermelada de albaricoques.

Póngase al fuego en una cacerola un poco de azúcar con agua, y cuando esté el caramelo bien dorado, mójense en él los repollos; antes que se enfríe el caramelo, échense unas grageas menuditas ó azúcar de color.

REPOLLOS GARAPIÑADOS

Háganse como los precedentes; cuando estén sobre la hoja, dórense con huevo batido, prepárense entonces en un platito 125 gramos de almendras mondadas con la mitad de su peso de azúcar molida y la octava parte de clara de huevo; amalgámese bien todo, guárdese con ello la parte de encima de los repollos, y cuézanse como los precedentes.



Mantilla-pantalón para bebé.

JALEA AL PONCHE

Empiécese como siempre por clarificar la gelatina con el azúcar y el agua; antes de retirarla del fuego se le agrega la cáscara de limón; pásese por el tamiz cuando esté á medio enfriar y agréguese el zumo de ocho medios limones, así como un cuarto de litro de ron; después de haberlo mezclado todo, póngase al fresco ó en el hielo.

Orizaba, Junio 26 de 1901.

Sr. D. Donato Chapeourouge, Director General de "La Mutua."—México.

Muy señor mío:—Acuso á usted recibo de la Póliza Dotal número 1.054,731, que por conducto de su Agente General en la Sucursal de Puebla, solicité por la cantidad de 10,000 libras esterlinas (más de... \$100,000, plata mexicana), y cuya póliza ha tenido á bien extender á mi favor la Compañía de "La Mutua," de Nueva York, que usted tan dignamente representa, y la he revisado y encontrado de entera conformidad como debía ser, siendo emitida por una Compañía tan conocida y recomendada como "La Mutua."

Al solicitar este seguro, mi idea fué invertir mi dinero en un negocio bueno, teniendo la seguridad de sacar con el tiempo, si vivo, un capital regular con el sólo hecho de haber pagado interés, y si muriera antes del periodo de distribución ó de la fecha del vencimiento del contrato, dejar fondos disponibles con que activar mis negocios que tengo ahora entre manos.

Elegí "La Mutua," porque tengo conocimiento de los inmensos recursos con que cuenta para cubrir sus obligaciones, sus métodos de organización y los planes tan activos de seguros que ofrece, y que á mi parecer son tan justos y buenos, que no admiten competencia.

Este seguro lo he tomado por lo pronto; pero con la determinación de aumentarlo dentro de poco, y tan pronto como mis demás negocios me lo permitan, pues creo haber hecho la operación más segura de mi vida, al tomar esta póliza con "La Mutua."

A. KINNELL.

La Mejor Ruta

Á DENVER, KANSAS CITY, St. Louis,

CHICAGO, NEW YORK,

SAN FRANCISCO Y LOS ANGELES, CALIFORNIA.

(VÍA EL PASO.)



[Cía. Ferrocarril de Atchison, Topeka y Santa Fé.]

Los Restaurants y Carros Comedores de Harvey en la Línea de Santa Fé, son renombrados en el mundo entero.

Para precios, itinerarios y otros informes, dirigirse á

W. S. Farnsworth,

Agente General.

Plazuela de Guardiola, Ciudad de México, D. F.

SE RESERVAN CAMAS EN CARRO PULLMAN PARA

HOJOS LOS PUNHOS DE LOS ESADOS UNIDOS